Manuel Iglesias

La Palabra y las palabras

Pequeño vocabulario hebreo para uso espiritual

BAC Popular

MANUEL IGLESIAS

LA PALABRA
Y
LAS PALABRAS

(Pequeño vocabulario hebreo para uso espiritual)

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

MADRID • 2013

Don Ramón de la Cruz, 57. 28001 Madrid
Tel.: 91 309 08 62
www.bac-editorial.com

Depósito legal: M-725-2013
ISBN: 978-84-220-1627-4

Preimpresión: BAC
Impresión: CLM Artes Gráficas, Eduardo Marconi, 3, Fuenlabrada (Madrid)

Impreso en España. Printed in Spain

Diseño de cubierta: BAC



amicis Auctor

ÍNDICE GENERAL

PRÓLOGO

Estos comentarios breves sobre palabras del Antiguo Testamento no son de última hora. Desde el año 2007 han venido apareciendo mensualmente en la revista *Magnificat;* y al igual que los artículos de mi librito anterior —*Vivir de la Palabra de Dios* (2008), también de *Magnificat*—, ven ahora la luz en forma de libro por expreso deseo de la Redacción española de la revista.

Algo acicalados para unificar el estilo, no siguen el orden arbitrario y no programado en que aparecieron mensualmente, pues fueron escritos sin orden ni concierto; aquí se presentan según el orden alfabético de nuestras palabras castellanas.

Como el librito anterior, tampoco este piensa en especialistas, sino en el pueblo llano que posee algún conocimiento y uso de la Biblia; transcribo las palabras hebreas sin apenas signos diacríticos, un poco a oído, algo que podemos pronunciar, dejando de lado (eso sí, con todo respeto) la transcripción fonética internacional. Si por una casualidad muy casual cayeran estas páginas en manos de algún lingüista de raza, le ruego un poco de comprensión.

¿Y despertarán en alguien el deseo de conocer mejor la Palabra de Dios tal como se escribió en los libros bíblicos que nos resultan más lejanos? Para mí ya ha habido un fruto colateral: comprobar mi incapacidad de mantenerme dentro del recinto del Antiguo Testamento sin hacer pequeñas excursiones a pasajes del Nuevo, detalle que me ayuda a entender que el árbol de la revelación divina siguió creciendo, no se detuvo en el Antiguo Testamento.

Finalmente, lo reconozco, no sé si he logrado seguir el consejo de santa Bernardita de Lourdes: «Cuanto más sen-

cillo se escriba, mejor; a fuerza de adornar las cosas se las desfigura». Al menos en este momento, para evitar palabrería sobrante, pongo punto final, no sin agradecer antes muy de veras el interés de la Redacción de *Magnificat* y la benevolencia de la editorial BAC para con esta publicación.

INTRODUCCIÓN

La *Palabra* con mayúscula, y en singular; y las *palabras,* en plural (muchas, dispersas, con frecuencia vacías) y en letra minúscula porque son las nuestras, tan frágiles. Pero han sido elevadas de categoría por el misterio del abajamiento de Dios, que quiso hablarnos sirviéndose de palabras humanas.

Los creyentes afirmamos en el Credo, ya desde el Símbolo de san Cirilo de Jerusalén, que «Dios habló por los profetas», todo lo fragmentariamente que se quiera (cf. Heb 1,1), pero esa fue su voluntad. Y entre miles de lenguas posibles eligió dos para entregarnos su Palabra: una lengua semítica (el hebreo; y algo de arameo) en el Antiguo Testamento, y una lengua indoeuropea (el griego) en el Nuevo Testamento y algo en el Antiguo.

En esta obra menor elijo unas cuantas palabras hebreas del Antiguo Testamento, indicando matices o detalles de su uso que no solemos captar a primera vista. Será un pequeño muestrario de vocablos elegidos un poco al azar, quizás no llamativos ni especialmente ricos para la teología o la vida espiritual, pero creo que podrán ser aprovechables. Antes de empezar, quizás deba justificarme. Lo haré como si recitara mi propio credo, o como quien enuncia unas cuantas tesis:

1. La primera acción de Dios «hacia fuera» de sí mismo, fue hablar: «Y dijo Dios» (Gén 1,3). Que Dios «habla» es un modo *analógico* (= semejante, no exactamente igual a nuestro lenguaje) de decir, con el que expresamos el hecho de que Dios se comunica con nosotros, se nos manifiesta. Lo hace no solo con palabras audibles o

legibles, sino también con hechos, y con silencios. ¿No decimos también analógicamente «el libro de la naturaleza», o que tal persona «lo dice todo con los ojos», etc.?

2. El lenguaje *religioso* es necesariamente simbólico. Lo sorprendente no es tanto que Dios nos hable, y ni siquiera que su mensaje quede escrito, cuanto que nuestras palabras humanas salgan de su campo natural para que Dios se sirva de ellas como instrumentos de su Palabra, que es trascendente. Podemos traducir de un idioma humano a otro idioma humano; pero traducir la Palabra divina en palabras humanas, por fuerza tiene que hacerse muchas veces en lenguaje simbólico, que expresa verdades objetivas, pero con imágenes y metáforas.

3. Toda palabra significa «algo», y a la vez lleva en sí misma una carga emocional, o una resonancia mágica, que depende en buena parte del que la pronuncia, de las circunstancias, etc. Cuando se trata de una palabra de cualquier texto escrito, aisladamente, no nos da la inteligencia del fragmento. Tampoco hay que pensar que todos y cada uno de los *vocablos* que hay en la Biblia son «revelación» sobrenatural de *la Palabra.*

Más aún, en rigor, la expresión *Palabra de Dios,* cuando la aplicamos a la Escritura, se refiere al *conjunto* de la Biblia, no precisamente a secciones particulares, aunque en la liturgia se las llame así; y más cuidadosos hemos de ser si nos referimos a meros vocablos aislados.

4. Un texto escrito no es una sucesión mecánica de vocablos a granel. Un diccionario, aun siendo útil, a lo mejor no pasa de ser un almacén de palabras. En el vocabulario de cualquier lengua, a cada palabra se le asigna un significado verdadero, pero no absoluto, porque las palabras no son entes autónomos, sino que pueden tener diversos valores según la forma que adopten y según estén engarzadas en la frase junto con otras palabras.

5. *La Palabra* de Dios, distinta de *las palabras* humanas de las que se sirve como instrumento, es infinita. La comunicación que Dios hace de sí mismo, cuando se refleja en palabras escritas no puede agotarse en los signos alfabéticos —las letras— de la Biblia. Esa Palabra excede a la Escritura, existía mucho antes de la Sagrada Escritura: era el Logos, el Verbo eterno, la persona misma del Hijo, el que «habló por los profetas», un día «se hizo carne» humana, y se encarnó (analógicamente, como es obvio) en la Sagrada Escritura, y en el pan y el vino de la Eucaristía. (Pueden leerse con fruto los números 7 y 8 de la Exhortación apostólica de Benedicto XVI, *Verbum Domini,* 30 de septiembre de 2010).

6. En su tiempo, el exegeta alemán Hermann Gunkel me llamaría «vendedor de nimiedades», como si coleccionara granitos de arena o me dedicara a cortar un pelo en el aire. Y después de él, otros muchos, porque los especialistas del lenguaje dicen que no vale detenerse en las palabras individuales, ni siquiera tiene peso la oración gramatical, sino la llamada «gramática del discurso», que también va siendo sobrepasada. Bueno. Otros hablaron hace tiempo de la «inconsistencia» de las palabras: cada una no puede tenerse en pie si no se apoya en un contexto concreto, objetivo o subjetivo; en parte es verdad: si oigo, por ejemplo, la palabra «banco», ¿de qué me están hablando: de un banco de niebla, de una sociedad financiera, de un mueble para sentarse en el parque, de un banco de arena en el río, o... del «banco de la paciencia»?

Sin embargo, cada palabra es y comunica «algo»; las hay cargadas de veneno, (bastan dos letras, un sí o un no, y pueden ser mortíferas) y las hay consoladoras. Una palabra que proceda de Dios no será inconsistente, sino viva y enérgica, más incisiva que cualquier espada de dos filos (cf. Heb 4,12-13). Si procede del hombre basta una para dar el primer paso de la comunicación, que al final podrá

llevarnos a conocer el pensamiento de un escritor (¡todos pensamos con palabras!) y su mundo afectivo. Todo esto lo saben muy bien los manipuladores del lenguaje.

7. Si en las páginas siguientes escribo, como diría nuestro humanista Juan de Valdés (1498-1541), de «punticos y primorcicos de la lengua», en este caso hebrea, no es por jugar con las palabras, ni para entretenernos, sino porque creo que el escritor humano de un texto bíblico «tiene cuidado de usar vocablos que signifiquen bien lo que quiere decir». Y, pues sus palabras tienen el respaldo del Espíritu Santo que le impulsó a escribir, bien podemos intentar descubrir en ellas «mil misterios» (santa Teresa). Dios no habla por hablar.

No hará falta decir que trabajar con las palabras de la Sagrada Escritura requiere una actitud de respeto especial. La comparación con la Encarnación es iluminadora: al encarnarse, el Verbo de Dios se ha abreviado; «la Palabra eterna de Dios se ha hecho niño para estar a nuestro alcance» *(Verbum Domini,* 12): podemos ver, oír, tocar, pero Él siempre es más grande que nosotros, y todas las palabras humanas que podamos decir no conseguirán expresar plenamente esa Palabra de Dios que se llama Jesús.

8. Finalmente, para un cristiano «los *vocablos* de Dios llegan a ser *Palabra* suya cuando son vividos por una persona santa, y comprendidos —bajo la acción del Espíritu Santo— por la comunidad creyente reunida en nombre de Cristo» (Ch. Loze). Esto lleva a una conclusión que puede molestar y que hoy pocos se atreven a proclamar: el especialista de la Biblia propiamente no es el exegeta, sino *el santo.*

LA PALABRA Y LAS PALABRAS
(Pequeño vocabulario hebreo para uso espiritual)

1
Acertar / *yaráh*

En otro momento (cf. núm. 35) hablaremos de *jatát,* una palabra hebrea para decir *pecado*; su verbo es *jatá,* que significa *errar el tiro,* fallar, equivocarse. ¡Triste equivocación la nuestra cuando pecamos! Pero existe también en la Biblia el verbo contrario: *yaráh,* que significa, ante todo, *disparar* (casi siempre flechas), dar en el blanco (además de arrojar, herir, etc.). Los que aconsejaban al orante perseguido: «¡escapa como un pájaro al monte!», le argumentaban: «Los malvados tensan el arco, ajustan la saeta a la cuerda para disparar en la sombra contra los buenos» (Sal 11,2; y cf. 64,4-5); claro que quedaba el consuelo de saber que a los malvados «Dios los acribilla a flechazos, por sorpresa los cubre de heridas» (Sal 64,8).

El verbo *yaráh* puede ser útil también para realizar un signo profético, como cuando Eliseo ordenó al rey: «¡Dispara! Él disparó y Eliseo dijo: ¡Flecha victoriosa del Señor!» (2 Re 13,17). Y vale igualmente para ajustar la piedra angular de la tierra, quizás porque eso supone mucha precisión y acierto (cf. Job 38,6).

Pero observemos un dato curioso. Existe un verbo hebreo que se escribe y se pronuncia lo mismo *(yaráh),* aunque funciona exclusivamente en otro modo verbal, de tipo causativo; suele traducirse *instruir, enseñar.* La pregunta es: ¿se trata de otro verbo o es el mismo? ¿No será, al menos, de la misma raíz? Porque si los dos vocablos son el mismo, o al menos son parientes, es interesante pensar que para una mente hebrea del AT «instruir» o «enseñar» es hacer que el alumno o el oyente den en el blanco, es decir, *acierten.*

No soy quién para dilucidarlo. Pero recuerdo que en Éx 4,12 el Señor respondió a los titubeos de Moisés: «Yo te *indicaré* lo que has de decir». Ahora bien, ese verbo *indicar* es instruir y es señalar; las dos cosas; no olvidemos que indicar viene del dedo *índice,* que es nuestro dedo-flecha que señala y muestra, el dedo que «dispara» un conocimiento: «¡Ese es!». Me atrevo a añadir un ejemplo socorrido: el libro de los Proverbios (6,13) nos dice que el malhechor anda por ahí «señalando con los dedos», haciendo señas con los dedos. De verdad, ¿es tan feo señalar con el dedo, como nos decían de pequeños?

«Enseñar», «instruir», es «señalar» y «dirigir» sobre todo cuando se trata de *mostrar el camino* a un extraviado: «Te indico el camino de la sabiduría, te encamino por sendas rectas» (Prov 4,11). Por su parte el profeta Isaías (2,3) nos aconseja: «Subamos al monte del Señor [...] para que él nos enseñe sus caminos». Antes de él, Salomón, en la dedicación del templo (1 Re 8,36), pidió al Señor: «Indícales (a tus siervos) el buen camino que deberán seguir». Y nosotros ¿no seguimos orando con ellos después de muchos siglos: «Señor, indícame tu camino, guíame por la senda llana, porque tengo enemigos» (Sal 27,11); y también: «Indícame, Señor, tu camino, para que siga tu verdad» (Sal 86,11)?

Podemos, pues, unir en el mismo vocablo hebreo esos dos conceptos: *instruir* y *dar en el blanco.* Y ya que la enseñanza ayuda a discernir, a separar la paja del grano, a acertar, pidamos con Ez 44,23 que quienes tienen ese deber lo cumplan según el querer de Dios.

Para rezar: En ese texto de Ezequiel, refiriéndose a los levitas, nos dice el Señor por medio del profeta: «Los sacerdotes enseñarán a mi pueblo a *distinguir* lo sagrado de lo profano y le harán *saber la diferencia* entre lo puro y lo impuro». Sí, es muy importante, que nos instruyan bien (a ser posible, ¡sin disparar!).

2
Alabar / *halál*

En la liturgia católica decimos y cantamos la palabra hebrea *Aleluya* (*Hal·lelu-iah* = ¡alabad a Yahvé!), estribillo que se repite veintitrés veces en el libro de los Salmos. Sus tres primeras sílabas pertenecen al verbo hebreo *halál,* que dice: *alabar,* felicitar, elogiar, que es cosa bien merecida por Dios. A veces también por las criaturas, aunque la Biblia hebrea más bien reprueba esa alabanza: por *el motivo* (Sal 10,3: «el malvado se gloría de [= se alaba a sí mismo por] su ambición») o por *la persona* que alaba (Prov 28,4: «Los que abandonan la ley felicitan al malvado»).

Así que, normalmente, en el Antiguo Testamento el verbo *halal* se refiere a Dios y es casi intercambiable con *bendecir* (cf. núm. 5: *barák*) y con *dar gracias.* Podemos suponer, y estaremos en lo cierto, que su terreno habitual son los *himnos* repartidos por la Biblia.

Su frecuencia es de ciento cuarenta y cinco veces, ochenta y nueve de ellas en el libro de los Salmos, sin añadir el sustantivo hebreo *tehil·lah* = alabanza. Su raíz semítica dice algo así como «gritar de gozo», «vitorear». Mejor si le ponemos música, por ejemplo: «Alabaré el nombre del Señor con cantos» (Sal 69,31); «alabad al Señor, que la música es buena, nuestro Dios merece una alabanza armoniosa» (Sal 147,1); «alabadlo tocando trompetas, alabadlo con tambores y cítaras» (Sal 150,3).

¿Motivos para alabar a Dios? El primero, porque ¡es el que es!; porque su nombre es «el único nombre sublime»; «porque es bueno, porque es eterna su misericordia»; por su poder creador; porque «hace maravillas»; etc.

¿Dónde hay que alabarlo? En todas partes, en lo alto del cielo, en la tierra, en el mar («Alabad al Señor en el cielo»…,

«alabad al Señor en la tierra»: Sal 148,1.7). El único lugar donde no es posible alabar a Dios, según la mentalidad antigua, es la morada de los muertos, el reino de la muerte donde los muertos vagan como sombras («el Abismo no te glorifica, ni la Muerte te alaba», dice Is 38,18).

¿Quiénes tienen el deber sagrado de alabarlo? Todos los individuos, «todas las naciones», «todos los pueblos» (Sal 117,1); para decirlo de una vez, «todo ser que respira» (Sal 150,6).

¿Y hasta cuándo, o en qué ocasiones hay que alabar a Dios? ¡Siempre! «Bendigo al Señor en todo momento, su alabanza está siempre en mi boca» (Sal 34,2); «día tras día te bendeciré y alabaré tu nombre por siempre jamás» (Sal 145,2).

El lector avisado se habrá dado cuenta de que casi todas las frases del Antiguo Testamento que he citado son del Salterio. Es tanta verdad, que el nombre hebreo del libro de los Salmos, plural raro de *tehil·lah*, es *Tehil·lim,* o sea: *Himnos* de alabanza. Pero hay que decirlo todo: ese título engaña un poco, ya que entre los ciento cincuenta salmos del libro, los «Himnos» son minoría frente a las súplicas o lamentaciones. A lo mejor esto indica que nos cuesta más alabar a Dios que acudir a él con peticiones y quejas. ¡Lo amamos tan poco! ¿Probamos a ver cuántos días resistimos sin dirigirnos a Dios con lamentos? Ni la acción de gracias (= Dios es bueno *conmigo)* es tan pura, tan desinteresada, como la alabanza (= Dios *es bueno).*

Para rezar: ¡Menos mal que Dios nos regaló el bendito libro de los Salmos! Aconsejo cualquiera de los últimos seis Salmos del Salterio (Salmos 145-150), que, nadie sabe por qué, acumulan treinta y seis veces el verbo «alabar». Si lo rezamos con la Mujer judía más santa que ha existido ni existirá (sí, la que cantó el «Magnificat»), veremos qué fácil es.

3
Alma / *néfesh*

Cerca de ochocientas veces se lee en el Antiguo Testamento hebreo una palabra muy rica en significados, aunque no siempre precisos. Es la palabra *néfesh,* cuya traducción más común es *alma.* En su origen se refería a *la garganta* (cf. Is 5,14), por donde entra y sale *la respiración,* el aliento (ya tenemos el segundo significado). Y pues respirar es signo de *vida* —«todavía estoy con vida», pudo decir Saúl moribundo (2 Sam 1,9)— y es necesario para vivir, ese soplo vital pasó a indicar *la vida* (tercer significado) en abstracto, o la vida de un *ser vivo* en concreto, sea persona humana o animal: «su sangre es la vida de ese animal» (cf. Dt 12,23).

Cuarto significado. Considerando la garganta como sede del hambre y la sed, los antiguos judíos relacionaron el *alma* con fenómenos de la vida vegetativa, en sentido real o metafórico (hambre y sed = el deseo; en el Sal 63,2 dice el orante: «mi alma está sedienta de ti»). Y también con fenómenos psicológicos, por ejemplo: la alegría, el desaliento ¿no decimos «se me cayó el alma a los pies» para decir me des-*animé?),* el amor (Jacob tenía «el alma apegada a Benjamín»: Gén 44,30), y el odio. Por eso *néfesh* vino a ser sinónimo de *leb (= corazón;* cf. núm. 10), sujeto de múltiples afectos (p. ej. Jer 4,31: «desfallece mi alma a manos de asesinos»), igual que sujeto del saber y del entender; por lo cual no es de extrañar que *néfesh* fuese también sinónimo de *rúaj* (= espíritu).

Quinto significado. Tomando la palabra «alma» como la parte por el todo, *néfesh* puede decir: un hombre, un individuo, alguien, muchas o pocas personas (de modo parecido a como decimos: «en el pueblo no se veía un

alma»); ejemplo típico el de Gén 46,26: «eran en total sesenta y seis almas». Por lo mismo puede usarse también en vez del pronombre personal de 1.ª persona («muera mi alma [= yo] con la muerte de los justos»: Núm 23,10), y suplir al pronombre reflexivo. Todo esto vale también para hablar de Dios, a la manera humana. Pongamos un ejemplo: dice Dios: «*Mi alma* aborrece vuestras solemnidades» (Is 1,14).

El Antiguo Testamento hebreo no da doctrina sistemática sobre el alma, menos aún doctrina completa; deja datos sueltos, repartidos sin orden ni pretensiones. Los textos más frecuentes hablan del hombre como un ser unitario: todo él es cuerpo y todo él es alma. Otros textos entienden al ser humano compuesto de dos elementos diversos —alma y cuerpo *(basar* = carne)— fuertemente compenetrados (cf. Job 14,22; Gén 9,5). Cerca ya del Nuevo Testamento, en libros escritos en griego como Sabiduría y 2 Macabeos, aparece claramente el ser humano compuesto de alma y cuerpo, espíritu y materia.

Por si acaso, una nota. No hay base seria para contraponer «pensamiento semítico» y «pensamiento griego», ni para dar la primacía al primero por parecer más puro o más bíblico. Una consecuencia de esa moda: ¿Cuántos sacerdotes se atreven a hablar hoy de la salvación de «las almas»? Recordemos que: 1.º) Dios no dijo todo al principio, sino que fue aclarando su revelación progresivamente, añadiendo durante siglos actualizaciones del programa. 2.º) Dios es muy libre para revelarse en el idioma y la forma de pensar semita o griega. ¿O no tenía derecho a hacerlo?

Para rezar: Reflexiono: «El Señor nuestro Dios es el único Señor. Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con *toda tu alma* y con todas tus fuerzas» (Dt 6,5). Si me quedan dudas puedo leer Dt 10,12: «Y ahora, ¿qué te pide el Señor tu Dios, sino que lo temas y lo ames, y sirvas al Señor tu Dios con todo tu corazón y *toda tu alma?»*.

4
Árbol / *'ets*

A poco que hayamos leído la Biblia recordamos árboles concretos: la famosa encina de Mambré, o los cedros del Líbano. Pero la palabra hebrea que elegimos ahora, y que se pronuncia aproximadamente *'ets* dice *árbol* en general, también como colectivo (*arbolado, bosque*). La encontramos en el Antiguo Testamento hebreo casi trescientas veces. Puede ser un árbol vivo que se estremece agitado por el viento (cf. Is 7,2), o un árbol muerto, es decir, *la madera* (de la que estaba hecha el arca, por ejemplo: cf. Dt 10,1); o *la leña,* que Isaac llevaba sobre sus hombros en un haz para su propio holocausto (cf. Gén 22,3.6).

Después de tantos años en el desierto, para los antiguos judíos los árboles eran mucho más que la nostalgia del paraíso perdido; por eso los exploradores de Canaán tenían que observar si la tierra que querían conquistar, «tiene árboles» (Núm 13,20).

El árbol era símbolo, casi sinónimo, de *vida.* Los conjurados contra Jeremías decían: «Destruyamos *el árbol* en su vigor» (Jer 11,19). Aunque Job aseguró (14,7) que, como aquel olmo herido por un rayo del que habló el poeta, siempre «un árbol tiene esperanza: aun después de talado vuelve a retoñar», afirmar que «todos los árboles del bosque se han secado» (Jl 1,12.19) es hablar de muerte. En cambio, una alameda junto al río es como la alegría de un oasis: «A ambas orillas del torrente había una gran arboleda» (Ez 47,7) suena a la bendición del que confía en el Señor: es «como un árbol plantado a la vera del agua» (Jer 17,8), frase que retomó (¿o al revés?) el salmo 1,3, añadiendo: «da fruto en su sazón y no se marchitan sus hojas, y cuanto emprende tiene buen fin».

De ahí a considerar ciertos árboles como sitios sagrados o símbolos de dioses solo había un paso; el mundo antiguo dio ese paso fácilmente en los pueblos gentiles que rodeaban a Israel. ¿Tendrá algo que ver con esto la polémica de los profetas contra los ídolos hechos de *madera* (por ejemplo Is 44,14-20), o la prohibición de plantar como estela *un tronco* de árbol ante el altar de Yahvé (cf. Dt 16,21)?

¿Cómo empezó todo? Según Gén 1,11.29, en el tercer día de la creación dijo Dios: «Produzca la tierra [...] árboles frutales». Entre otros, en medio de aquel jardín bellísimo, diseñado por el Creador, «Dios hizo brotar del suelo... el árbol de la vida y el árbol del conocimiento del bien y del mal» (Gén 2,9.16-17). Aquel árbol de la vida, cuyo fruto libraría de la muerte, condensaba el deseo humano de la inmortalidad. Y aquel árbol que daba conocimiento de todo (¿o era el mismo que el anterior?) igualaba al hombre con Dios.

El pecado humano hizo que más adelante los árboles también sirvieran para colgar o clavar en ellos a un criminal o a uno caído en desgracia («el faraón te colgará en un madero», profetizó José en Gén 40,19). Eso sí, el cadáver no podía quedar en el árbol después de ponerse el sol, «porque es un maldito de Dios» (Dt 21,22-23) y porque... ¡es de mal gusto contaminar la Tierra Santa!

Para rezar: Sabemos bien que «el que venció en un árbol fue en un árbol vencido». Por eso en el Viernes Santo los cristianos cantamos «el triunfo de la sangre y del madero» y veneramos un árbol vivo y bendito que llamamos la cruz *(lignum crucis)*. Es el «cántico nuevo» del Salmo 96, que puede servirnos para nuestra alabanza: «Alégrese el cielo y goce la tierra, retumbe el mar y cuanto lo llena, vitoreen los campos y cuanto hay en ellos, aclamen los árboles del bosque delante del Señor que ya llega, ya llega a regir la tierra...» (v.12-13).

5
Bendecir / *barák*

Cuando el Papa actual llega a un país los jóvenes lo aclaman: *¡Be-ne-dic-to!* Benedicto es igual a «bendecido» (se sobreentiende: por Dios). Es la forma culta del participio pasivo de «bendecir»; nuestra versión popular es «bendito»; y, si se vuelve nombre propio, «Benito», como san Benito. Esto me lleva a hablar de la palabra hebrea *barák,* que significa *bendecir,* que echó raíces en el texto del Antiguo Testamento más de trescientas veces, aparte de otras noventa para el sustantivo *bendición.* Bendecir (= decir bien) es lo contrario de *maldecir*; es una acción, y unas palabras, que expresan una felicitación, un deseo de ventura, una enhorabuena. Se pensaba que su efecto era inmediato, y eran irrevocables una vez pronunciadas; bien lo experimentó Esaú muy a su pesar (vale la pena leer todo el capítulo 27 del Génesis).

Quien mejor bendice es Dios, sujeto muchas veces de ese verbo; su bendición regala bienes y favores materiales y espirituales sobre el pueblo y los individuos. No sólo, y ya es mucho, «el Señor bendice a su pueblo con la paz» (Sal 29,11), sino que promete a los israelitas: «Bendito seas en la ciudad y en el campo. Bendito el fruto de tu vientre, el fruto de tu suelo y el fruto de tu ganado, el parto de tus vacas y las crías de tus ovejas. Bendita tu cesta y tu artesa. Bendito seas al entrar y bendito al salir… Yahvé, tu Dios, te bendecirá en la tierra que te va a dar» (Dt 28,3-8).

Si Dios bendice al hombre, también el hombre puede bendecir a Dios. Esa bendición resulta una oración *de alabanza* prácticamente pura, sin decir motivos siquiera, apresada en fórmulas muy antiguas; la más sencilla y directa es: «¡Bendito sea Dios!»; un ejemplo más comple-

to: «¡Bendito sea el Señor, Dios de Israel, ahora y por siempre! Amén, amén» (Sal 41,14). O bien es una *acción de gracias* después de algún favor de parte de Dios: la salud, la victoria, la liberación de algún peligro, etc.: «¡Bendito el Señor, que escuchó mi voz suplicante!» (Sal 28,6); «¡bendito el Señor, que ha hecho en mi favor prodigios de misericordia!» (Sal 31,22).

Finalmente, también los seres humanos podemos, debemos, bendecirnos unos a otros, en concreto los padres a sus hijos, o los sacerdotes al pueblo. Sobre esto último: bien podríamos llamar al sacerdote del Antiguo Testamento (¡y del Nuevo!) el hombre de la bendición (cf. Lev 9,22s.), porque de sus labios solo deberían salir alabanzas a Dios y buenos deseos para los hombres. En Núm 6,22-27 se dictan las palabras de bendición que el sacerdote pronuncia sobre nosotros en la Misa del primer día del año: «Que el Señor te bendiga y te guarde, que ilumine su rostro sobre ti y te sea propicio; que el Señor te muestre su rostro y te conceda la paz». Y añade el Señor: «Si [los sacerdotes] invocan así mi nombre sobre los israelitas, yo los *bendeciré*».

No sé si digo algo de provecho... Comparar los saludos-bendiciones del Antiguo Testamento con la banalidad de tantos de nuestros saludos ¿nos haría aprender algo de «urbanidad religiosa», que levantaría el nivel de los encuentros entre personas?

Como ejemplo final, una bendición doble, dirigida a Dios y a la criatura, en boca del sacerdote Melquisedeq: «¡Bendito sea Abrán (= Abrahán) del Dios Altísimo, creador de cielo y tierra! ¡Y bendito sea el Dios Altísimo que entregó a tus enemigos en tus manos!» (Gén 14,19-20).

Para rezar: Pidamos todas las bendiciones de Dios que necesita nuestro pueblo sin norte: «El Señor *tenga piedad y nos bendiga,* ilumine su rostro sobre nosotros, conozca la tierra tus caminos, todos los pueblos tu salvación...» (Sal 67,2).

6
Buscar / *darásh*

Un ejemplo que prueba que las palabras no son fósiles, sino seres casi vivos que dependen de nosotros y se acomodan a nosotros, con variantes que a veces descubren lo inesperado, es el vocablo hebreo *darásh,* verbo que encontramos en el Antiguo Testamento ciento sesenta veces, si no recuerdo mal. Cubre un campo amplio, el de nuestros verbos *buscar, preguntar, investigar,* etc. Sirve para cosas profanas, como indagar la conducta de una persona, lo mismo que para «buscar» a Dios y su voluntad. ¿Ejemplos? «Si te lo denuncian y, después de escucharle e *indagar a fondo* compruebas que la acusación es cierta...» (Dt 17,4); otro: «fue [Rebeca] a *consultar* al Señor» (Gén 25,22); «a quien *busca* el mal, le saldrá al encuentro» (Prov 11,27). Los exegetas conocen otras palabras hebreas de la misma raíz: el *derásh,* el *midrásh*, que son medios que usaban los rabinos para buscar el sentido de un texto bíblico.

Lo que me interesa ahora es un detalle. Un verbo hebreo normal puede conjugarse de varias maneras. Una de ellas, llamada *nifal,* llena el cometido de nuestra voz pasiva simple. Ahora bien, si en nuestra lengua queremos decir en voz pasiva «yo busco a Dios» tenemos que decir: «Dios *es buscado* por mí». Pero en hebreo, no. Si usamos el verbo *darásh* en pasiva, al tener a Dios como sujeto obtenemos el siguiente resultado sorprendente: «Dios *se deja buscar* por mí». ¡Hay diferencia!

Los antiguos gramáticos del hebreo bíblico escribían en latín y ponían nombres pintorescos a las cosas de la gramática: un «pátaj furtivo», una «mater lectionis», y así. A esta forma verbal que he dicho la llamaron «nifal tole-

rativo»; pero no es que Dios tolere pasivamente que lo busquemos, o se resigne a más no poder a que le preguntemos, sino que su «tolerar» es una acción eficaz: Dios *quiere dejarse buscar* por mí. Así tenemos:

— «Dios se deja buscar por mí» equivale a: Yo *encuentro* a Dios.

— «Dios se deja preguntar por mí» equivale a: Dios *me responde.*

Ese encuentro y esa respuesta no son cosa de broma. Por eso Dios *no se dejó consultar* por los judíos que habían caído en la idolatría, ni *consintió* que le preguntaran los que le habían sido infieles. «¿Cómo voy a permitir que me consulten?», decía en Ez 14,3; y en Ez 20,31: «¡No responderé a vuestras consultas!».

Pero a la vez tenemos un motivo fuerte de consuelo y de esperanza: «¡Buscad a Dios mientras puede ser encontrado!», nos grita Isaías predicando la conversión (Is 55,6). Sin embargo, esa búsqueda de Dios no se apoya en mí, no es fruto del mero esfuerzo mío. Así, usando para el verbo hebreo la forma *nifal,* Dios dice más adelante: «Me he dejado encontrar de quienes no preguntaban por mí» (Is 65,1). Algo parecido se repite en Ez 36,37: «Me dejaré buscar por la casa de Israel».

Sí, Dios *quiere que yo lo encuentre,* y por eso se deja buscar, nos sale al encuentro. Qué gran noticia: ¡nuestro Dios se hace el encontradizo!

Para rezar: Escuchemos lo que nos dice en Dt 4,29-30: «Entonces buscarás al Señor tu Dios, y lo encontrarás si lo buscas con todo tu corazón y con toda tu alma. Cuando estés angustiado y te alcancen todas estas amenazas [es decir, las de los versículos anteriores, contra los idólatras] al fin de los años, te volverás al Señor tu Dios y escucharás su voz porque el Señor tu Dios es un Dios misericordioso: no te abandonará ni te aniquilará, y no se olvidará de la alianza que hizo con tus padres bajo juramento».

7
Castigar / *nagáf*

Con las palabras hebreas *musár,* que comentaremos en el número 17, y *qanná* en el número 8, tal vez es suficiente para aclarar la doctrina del Antiguo Testamento sobre el castigo de parte de Dios. Empiezo ahora, temiendo que no me explique bien. ¿En qué quedamos, Dios castiga o no castiga?

Para la respuesta puede ayudarnos otro vocablo de la Biblia hebrea *nagáf,* que lo llamo «otro» porque en la Biblia hebrea hay una decena de términos sinónimos, de diversas raíces, que nos recuerdan que Dios *castiga.* Si se prefiere, digámoslo suavemente: Dios educa, amonesta, corrige, sanciona, etc. ¡Pero con eso no desaparece la dificultad de nuestra sensibilidad tan políticamente correcta! Para suprimir en el Antiguo Testamento la doctrina del «castigo» divino tendríamos que arrancar antes muchas páginas de la Biblia.

Nagáf en su origen significa *golpear* o herir: un hombre hiere a su prójimo (cf. Éx 21,22), o un buey acornea a otro buey (cf. Éx 21,35). Si es Dios quien *golpea*, el «sonido» de esa palabra es judicial: Dios, juez justo, ante una conducta mala dicta una sentencia que *duele.* Es un castigo.

¿Qué castigo impone? A un ejército Dios puede afligirlo con una derrota, como a los benjaminitas obstinados (cf. Jue 20,35); a un individuo Dios puede *herirlo* con enfermedades y con la muerte, como le sucedió a Nabal (1 Sam 25,37-38) a quien «el Señor hirió de muerte» (¡cómo no iba a morir, si una mala noticia «le agarrotó el corazón» unos días antes!); a un pueblo Dios puede castigarlo con diversas plagas, como pasó en Egipto (cf. Éx 7-8).

De la misma raíz hebrea, el sustantivo *néguef* añade su letanía de desgracias, aflicciones y calamidades; en suma:

de *castigos*. Muchos son castigos-consecuencia: la pena va en el mismo pecado, como hoy las consecuencias de la droga; en «permitir» Dios esa sanción que yo mismo me impongo, por no hacer caso al sentido de culpa y castigo que llevamos en el fondo de nosotros mismos, hay un gesto divino respetuoso de mi libertad.

¡Pero el Nuevo Testamento será otra cosa! No. Es la misma música casi con la misma letra; y es lógico: cuanto más cercano se deja ver el amor que Dios nos tiene más aparece la gravedad de nuestro desamor, esa situación de ofensa cometida que exige una pena. ¿Y el santo temor de Dios? «Es [temor] filial; y el temor perfecto de hijo sale de amor perfecto de padre» (san Juan de la Cruz). «El verdadero amor no consiste en ceder siempre, en ser blando, en la mera dulzura. En ese sentido, un Dios dulcificado que dice a todo que sí,... no es más que una caricatura del verdadero amor. Porque nos ama, Dios debe oponérsenos cuando nos perdemos a nosotros mismos y corremos peligro» (Benedicto XVI). ¿Queremos que Dios diga lo que nos gusta oír, en vez de escuchar a qué llama Dios bueno o malo?

En el Antiguo Testamento cuando Dios impone un «castigo» la mayoría de las veces es una pena medicinal, no vindicativa; nos salva por estar dictada por un amor infinito ofendido: reparamos la ofensa restituyendo lo robado; nos purificamos; nos volvemos a Dios. Hasta el mismo Egipto (¡el enemigo!) se convertirá: «El Señor *herirá* a Egipto, pero en seguida lo curará; se convertirán al Señor y él será propicio y los curará» (Is 19,22).

Para rezar: ¿Todavía no hemos probado el gozo de decir después de una desgracia: «Me castigó (heb. *iasár*), me castigó el Señor, pero no me entregó a la muerte» (Sal 118,18)? Me castigó precisamente para no entregarme a la muerte. Con el Sal 119,67.71 decimos: «Antes de sufrir yo andaba extraviado... Me estuvo bien el sufrir, así aprendí tus mandamientos».

8
Celoso (tener celos) / *qanná*

Si no estuviera escrito en la Biblia no nos atreveríamos a llamar *celoso* a Dios. ¿No son los celos algo inconfesable, enfermedad que nadie quiere reconocer en sí mismo, origen de tragedias familiares, de crímenes pasionales, etc.? Junto varias palabras de la misma familia: *Celoso*, en hebreo, es *qanná,* palabra que, como adjetivo, aparece muy pocas veces en el Antiguo Testamento; otras palabras emparentadas son más frecuentes en la Biblia hebrea: el sustantivo *qinah* (celos, amor, emulación), y el verbo que aparece en el título de este comentario. El adjetivo *qanná* tiene de particular que sólo se usa *aplicado a Dios,* como cualidad suya: «Yahvé se llama Celoso, es un Dios celoso», en Éx 34,14, resume lo que quiero decir.

Aparece en la explicación del primer Mandamiento (cf. Éx 20,5), previniendo contra la idolatría, que es lo que más provoca la ira de Dios (sugiero leer 1 Re 14,22; Sal 78,58); o en la renovación de la Alianza (cf. Éx 34,14), o al recordar la urgencia de la fidelidad a Dios (Dt 6,15). En Dt 4,24 la imagen de *fuego* completa la idea: «Yahvé tu Dios es *un fuego devorador*, un Dios celoso»; no en vano el verbo *qanná* lleva el fuego en su raíz, pues significa «encenderse por un afecto vehemente»: el amor o el odio, la ira, la indignación, el interés grande, etc. Sof 1,18 habla de «el fuego de su celo»; y el salmista (79,5) le pregunta: «¿Arderán como fuego tus celos (= tu cólera)?».

Los dioses paganos del Olimpo eran envidiosos, como cualquier mortal; su celotipia, forma devastadora de egoísmo, los traía siempre a la gresca. En cambio, el Dios vivo y verdadero es amor esencial; cuando la Biblia dice que es celoso, hay que entender que sus celos son expre-

sión de su amor, de modo que cuando ese amor estalla en «ira» o indignación, no es un movimiento de venganza, sino amor de esposo que a toda costa quiere que vuelva a él la esposa infiel. Para la Biblia de Jerusalén, los celos de Dios son «el exceso mismo de su amor» (nota a Dt 4,24).

Y ¿de qué siente Dios celos? De su honor, de su «Nombre» (cf. Ez 39,25); de su pueblo (cf. Is 26,11), de Jerusalén, de Sión («siento celos de Jerusalén y de Sión, unos celos terribles»: Zac 1,14). De ahí procede lo que la Biblia llama «su ira» contra quienes quieren destruir lo que él ama; los enemigos de lo que él más quiere «provocan sus celos».

Que este lenguaje hay que entenderlo metafóricamente nadie lo duda; pero nos dice algo muy importante: Dios *no es un ser insensible,* su amor a nosotros es algo más que una palabra bonita. Y esto da pie para sacar dos conclusiones:

1.ª) Como en el caso de Pinjás, hijo de Eleazar, Dios agradece, en correspondencia, que sintamos celos por él, que salgamos en su defensa (Núm 25,11: «Pinjás [...] ha calmado mi furor contra los israelitas, porque de entre vosotros él fue el que ha tenido celo por mí»); es «el celo por Yahvé» que incendiaba el corazón de Elías al ver la apostasía del pueblo (cf. 1 Re 19,10). ¿Nos quema a nosotros ese fuego?

2.ª) Cuando los problemas de la sociedad o de la Iglesia son tan intrincados como ahora, ¿gritamos al Señor como el orante de Is 63,15 pidiéndole ayuda: «Dónde está tu celo y tu fuerza, dónde tu inmensa ternura»?

Para rezar: Hacer actos de fe en el amor que Dios nos tiene; él sí puede hacer milagros para salvarnos del «Senaquerib» que nos toque en cada ocasión, sea el que sea: «¡El celo del Señor [de los ejércitos] lo realizará!» (cf. 2 Re 19,31; Is 9,6; 37,32).

9
Ciudad / *'ir*

Cada vez que celebramos el misterio de la Pascua, subimos en espíritu a Jerusalén, la ciudad santa, ciudad de paz y de guerra, «ciudad bien compacta» (Sal 122,3). Comentamos ahora la palabra ciudad en la Biblia hebrea, comenzando por indicar que su frecuencia en el Antiguo Testamento hebreo es notable, más de mil veces, y no solamente para hablar de grandes ciudades, sino también para pequeños asentamientos humanos; un ejemplo lo tenemos en 1 Sam 6,18: bajo el término *ciudades* un mismo versículo engloba grandes poblaciones fortificadas y «las aldeas filisteas desguarnecidas», lugarejos de mala muerte. Y ¿qué es mejor, la ciudad o el campo? En Israel, que se hizo «pueblo» en pleno desierto, siempre hubo reticencias respecto de la gran ciudad, nido de corrupción en todos los órdenes (basta leer en el capítulo 35 de Jeremías el episodio de los recabitas).

Como en cualquier país, en Palestina había ciudades *malas* y *buenas*. A una población se le aplican cualidades y defectos de sus habitantes (¿no tenemos escudos de ciudades con el título de «muy leal y muy noble»?). Jerusalén fue fiel (cf. Zac 8,3), pero también injusta y sanguinaria (cf. Is 1,26). Da alegría una ciudad llena de gente, activa y vital; según Ecl 10,15 «el tonto ni siquiera sabe ir a su ciudad», mientras que en la *Anábasis* queda el gozo de Jenofonte, jefe militar por casualidad, al acercarse con sus hombres a poblaciones bien abastecidas; ni sabía qué recibimiento iban a tener, pero una simple aldea rural indica que hay vida, una comunidad humana; algo habrá para comer y algún refugio para dormir. Incluso Dios mandó a los israelitas señalar «ciudades de refugio» para quienes cometieran algún delito por inadvertencia (cf. Jos 20,1-2).

Desgraciadamente, Palestina fue en el Antiguo Testamento tierra de paso para ejércitos del norte, del sur y del este, por lo que abundaban, en realidad o en amenaza, ciudades saqueadas y abandonadas; la mayoría de las que no fueron repobladas sirven ahora para delicia de los arqueólogos. Es dramáticamente bella la descripción de Is 24,7-12, o la desolación de Lam 1: «Qué solitaria la ciudad populosa, ha quedado viuda la primera de las naciones…».

La ciudad por antonomasia, *la ciudad*, sin más, es Jerusalén («*la ciudad* está llena de violencia»: Ez 7,23). La llamaban Ciudad de David, Sión, ciudad santa (o del Santo), ciudad de Dios, del Señor, del gran Rey. ¡Tan hermosa, vista desde lejos, idealizada desde el destierro! Un explicable orgullo pueblerino justifica el entusiasmo, y el fenómeno, conocido en otras culturas, de tratarla como a una dama hermosa y noble, a una esposa o una hija (Is 62,4-5: «Jamás te llamarán "Abandonada", ni a tu tierra la llamarán "Devastada"; te llamarán "Mi favorita", y a tu tierra "Desposada", porque el Señor te prefiere a ti»).

Lo maravilloso de Jerusalén es que es «la ciudad de nuestras fiestas» (Is 33,20) porque el Dios verdadero tiene allí su morada; «en adelante se llamará: "El-Señor-está-allí"» (Ez 48,35). No llegaron a percibirlo con nitidez, pero esa ciudad nos recuerda la verdadera, *la nuestra,* la ciudad futura donde Dios reunirá a sus hijos. Si el Apocalipsis de san Juan hubiera sido escrito años antes, y en hebreo, y formara parte del Antiguo Testamento…

Para rezar: Sabemos cuál es *nuestra* ciudad y la queremos; puede servirnos un fragmento de Isaías (26,1-6) que enfrenta las dos ciudades agustinianas y acrece nuestra confianza: «Tenemos una ciudad fuerte: [Dios] ha puesto para salvarla murallas y baluartes… El Señor doblegará a los que habitan en la cumbre y abatirá la ciudad elevada, la abatirá hasta el suelo, la arrojará al polvo y la pisarán los pies, los pies del oprimido, las pisadas de los pobres».

10
Corazón / *leb*

Entre los vocablos hebreos del Antiguo Testamento, cuyo primer significado «corporal» pasó luego a significar algo «espiritual», selecciono ahora uno de los mejores o de los más útiles para lo que pretendemos: *leb,* que aparece en el Antiguo Testamento más de quinientas veces. Empezó expresando el *corazón* fisiológico; un ejemplo: Joab «agarró tres venablos y se los clavó en el corazón a Absalón, que todavía estaba vivo en el ramaje de la encina» (2 Sam 18,14). O significaba, sin más, *el pecho* (Nah 2,8 describe a las esclavas la reina de Nínive golpeándose «el corazón» por la conquista y ruina de la ciudad).

Por extensión, valía para expresar la *sede del vigor,* físico o psicológico. Así el Salmo 104,15 dice que «el vino alegra el corazón» para decir que levanta el ánimo; en 2 Sam 17,10 leemos: «incluso los mejores de los tuyos, valientes como leones [a la letra: cuyo corazón es como el corazón del león], se acobardarán».

Dejemos ahora aparte el corazón-músculo, máquina para bombear sangre, puro motor de fuerza. Por suerte, como sucede en nuestra lengua, en la que podemos hablar «con el corazón en la mano», o podemos ser crueles y «no tener corazón», en hebreo ese término pasó a ser palabra privilegiada para referirse metafóricamente a *el interior de la persona,* el Yo profundo que sólo Dios ve, porque «Dios no ve como los hombres, que ven la apariencia; el Señor ve el corazón» (1 Sam 16,7), en oposición a lo exterior.

Pongamos ahí los significados de *mente* (inteligencia, prudencia, sensatez, consejo, memoria), sede de *la vida* (en Egipto, al embalsamar un cadáver le quitaban todos sus órganos internos menos el corazón, para que pudiera seguir

viviendo en el más allá), de *la voluntad* (decisiones, emociones, sentimientos), de *la vida moral y religiosa* (lo que llamamos la conciencia moral: sólo puede subir al monte del Señor y estar en el recinto santo «el de manos limpias y puro corazón» según el Sal 24,4; y en Is 29,13 el Señor se queja: «Ese pueblo se acerca a mí con la boca y me honra con sus labios, pero su corazón está lejos de mí»).

Todo eso, lo bueno y lo malo, cabe en la palabra hebrea *leb,* y cabe en nuestro corazón; por eso ahí es donde Dios, que sondea «el corazón y las entrañas» (Sal 7,10), pronuncia sentencia.

Un dato más. Cuando el Antiguo Testamento traslada a Dios sentimientos humanos, es lógico que hable del *corazón* de Dios; metafóricamente, sí, porque hasta que no llegó Jesús no tenía Dios un corazón «de carne», ¡pero las metáforas también dicen verdades!: el corazón de Dios se alegra, se arrepiente, se conmueve (le da un vuelco el corazón: cf. Os 11,8), etc. Y cuando se trata de nuestra lealtad con Dios (ir con él, seguirle, ponernos de su parte, etc.) el Antiguo Testamento emplea la palabra «corazón», porque es lógico que se nos pida amarle «con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas» (Dt 6,5).

Para rezar: No olvidemos la promesa de Dios formulada por escrito en Ez 36,26: «Os daré un corazón nuevo, infundiré en vosotros un espíritu nuevo, quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne», esto es, un corazón sensible a las palabras del Señor. La realización más perfecta de esa promesa es el Corazón de Jesús de Nazaret. En ese corazón humano del Hijo de Dios podemos apoyar sin miedo el nuestro, tan débil: «Mi corazón exulta en el Señor, mi fuerza se apoya en mi Dios» (1 Sam 2,1). ¿Todavía no hemos experimentado que en él «se me alegra el corazón, se gozan mis entrañas y mi carne descansa serena» (Sal 16,9)?

11
Crear / *bará*

No podemos hablar de Dios más que con lenguaje humano. Por eso el Antiguo Testamento emplea, para hablar de Dios, términos materiales de nuestro cuerpo humano o de nuestra vida humana; acabamos de hablar del *corazón* de Dios y podemos hablar del *brazo* fuerte de Dios, del *trabajo* o el *descanso* de Dios, de que Dios *se olvida,* o *se arrepiente,* etc.

Ahora bien, hay palabras que la Biblia hebrea reserva exclusivamente para Dios. Aplicarlas a una criatura puede ser una licencia poética audaz, pero también una profanación. Una de esas palabras de exclusivo uso divino es el verbo *bará,* que significa *crear.* Solo Dios puede ser sujeto de esa acción. Un judío piadoso del Antiguo Testamento jamás diría lo que hace algún tiempo leí en una revista religiosa: «Un sacerdote español *ha creado* un original buscador católico de Internet».

Consecuencias enormes para la humanidad han tenido el descubrimiento del fuego, o el invento de la rueda, allá en la noche de la prehistoria. Pero son solamente eso: descubrimientos, inventos, ¡no *creaciones*! De la nada, el ser humano no podrá nunca producir nada. *Solo Dios* «llama a existir a lo que no existe» (Rom 4,17); y en el Credo afirmamos nuestra fe en Dios todopoderoso, «*creador* del cielo y de la tierra».

Pero no salgamos de la Biblia hebrea. La inspiración divina movió a poner por escrito: «En el principio creó Dios el cielo y la tierra» (Gén 1,1). En una palabra del Dios creador comenzó el universo, y en él la humanidad a la que pertenecemos («creó al hombre a imagen suya»: Gén 5,1), creada para su gloria (cf. Is 43,7). Como creador del uni-

verso lo conoce todo, hasta el punto de que «a cada estrella la llama por su nombre» (Is 40,26); como todopoderoso «no se cansa ni se fatiga» (Is 40,28); cuando envía su aliento vital *son creados* todos los seres (¡miles y miles de almas cada día!) y renueva la faz de la tierra (cf. Sal 104,30).

¡Y no ha terminado! Cuando llegue el final dirá: «Voy a crear un cielo nuevo y una tierra nueva... Habrá alegría y gozo por lo que voy a crear» (Is 65,17). Esto nos lo dice también el Apocalipsis (cf. 21,1), y 2 Pe 3,13 nos recuerda que hemos de «aguardar, conforme a su promesa, cielos nuevos y nueva tierra, en los que habitará la justicia».

Es tanta verdad que «el Señor todo lo que quiere lo hace, en el cielo y en la tierra» (Sal 135,6), que a veces el Antiguo Testamento lo llama creador de cosas negativas; por ejemplo: «Yo soy el Señor [...] yo modelo la luz y creo la tiniebla, soy autor de la dicha y creador de la desgracia» (Is 45,7). ¿Lenguaje simbólico? Sí; pero lo que pretendo es anotar que *solo Dios* puede conjugar el verbo hebreo *bará* que, por eso mismo, tiene una notable carga teológica. El Antiguo Testamento no habla de Dios como lo haría un metafísico («el Ser» supremo), sino que lo llama «el Hacedor» supremo, nuestro *creador* y Señor, del que nosotros somos *criaturas,* y a mucha honra.

Para rezar: sacamos alguna consecuencia para nosotros. Por ejemplo:

1.ª La que sacó el profeta Malaquías (2,10): «¿No tenemos todos un mismo padre? ¿No nos creó el mismo Dios? Entonces, ¿por qué nos traicionamos unos a otros, profanando la alianza de nuestros padres?» (Sobran comentarios).

2.ª Se nos habla de *conversión.* Pero mejor que «tengo que convertirme», es decir: «Tengo que pedir al Señor que ejercite en mí todo su *poder creador».* Él mismo nos enseña a pedírselo: «Oh Dios, *crea* en mí un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme» (Sal 51,12).

12
Creer / *amán*

Deseando que el Señor no tenga que reprocharnos nuestra poca fe, como lo hizo con el apóstol Tomás («Deja de ser incrédulo; mejor: ¡sé creyente!»: Jn 20,27) nos detenemos en el verbo que usa la Biblia hebrea para decir «creer»: *amán.*

Para entender (¿entenderemos alguna vez?) lo que es la fe nos ayudará saber que este vocablo empezó significando, aproximadamente, «agarrar o *sujetar* a alguien, o algo, para que no caiga». De hecho, un participio de este verbo sirve para decir «columnas», «pilares» (como se ve en 2 Re 18,16).

Otro significado suyo, antiguo y muy hermoso, sería «educar», en el sentido de *cuidar a un niño*, tarea imposible si el educando no *se apoya* en el educador, o si el educador no *sostiene fuertemente* la debilidad del niño (en 2 Re 10,1 la palabra «preceptores» o «maestros» de los príncipes es un vocablo derivado del verbo *amán).*

Pero nos interesa más saber que una de las formas verbales (algo semejante a nuestros «modos» gramaticales del verbo) de esta palabra hebrea significa *ser o estar firme;* no caer, sino permanecer, como *permanece* una enfermedad que «se hace crónica» (cf. Dt 28,59). Cuando el sujeto es Dios, es como si este verbo hebreo nos dijera: Dios *permanece siempre digno de fe.* El participio sería, sin más: *fiel,* como vemos en 1 Sam 2,35, cuando Dios dice: «Yo me suscitaré un sacerdote fiel, que actuará según mi corazón y mis deseos».

Otra forma verbal de la misma palabra hebrea —y aquí es donde quería llegar— nos toca de cerca a nosotros: significa *creer,* confiar, tener fe. En las personas también (un

ejemplo: en Gén 45,26 se nos dice que Jacob no podía creer a quienes le decían que José estaba vivo), pero particularmente en Dios. No somos tan fuertes como para mantenernos firmes en nuestra fe en Dios, pero creer que Dios siempre se mantiene fiel a nosotros es una actitud que no hemos de perder nunca.

Haciendo un juego de palabras, Is 7,9 dice: «Si no creéis *(taamínu)* [es decir, si no os apoyáis en Dios, como en una roca firme], no subsistiréis *(teaménu)* [= no os mantendréis en pie]».

Del verbo bíblico *amán* descienden bastantes vocablos derivados. El que se lleva la palma es nuestro *amén;* así como suena, porque la palabra pasó al griego y al latín y a nuestra lengua sin modificarse. Sí, es el Amén de nuestra liturgia y de nuestras oraciones vocales. Es como aseverar: *estoy seguro... de que Dios es seguro*, de que su palabra es segura; por eso digo: así es, es cierto, no lo dudo. Fue la respuesta de Jeremías (11,5): «Amén, Señor»; y así fueron los doce «Amén» con los que el pueblo ratificó y aceptó las doce maldiciones que leían los levitas con voz fuerte (cf. Dt 15,26).

Esto armoniza tan bien con lo que es nuestro Dios, que Isaías (65,16, y dos veces) llama a Dios «el *Dios-amén»*, el Dios que es de fiar, que es seguro y fiel.

Para rezar: Seguramente todos recordamos que existe una cosa que se llama los actos de fe, esperanza y caridad, ¿no es así? ¿No sería este un buen momento para ejercitarlos? Sin complicar: empecemos por la fe, que no es poco. Formulo el deseo negativamente: que no pueda quejarse el Señor como antaño se indignó contra Israel «porque no tenían fe en su Dios ni confiaban en su auxilio» (Sal 78,22). Al contrario, ¡es la hora, el día y el año (siempre lo es) de creer a Dios! Digamos como el salmista: «Tenía fe, aun cuando dije: ¡Qué desgraciado soy!» (Sal 116,10).

13
Derecha / *yamîn* - Izquierda / *shemôl*

Si nos colocamos mirando al oriente y extendemos los brazos en cruz, la mano derecha señala el sur y la izquierda el norte, ¿no es así? En hebreo bíblico hay un sustantivo-adjetivo para decir *derecha,* y otro para decir *izquierda,* y son los mismos que para decir *sur* o *norte.* Esas dos palabras son *yamîn - shemôl.*

No hablamos de política ni menospreciamos a los zurdos, que tienen sus ventajas como lo demostró Ehud (Jue 3,15.20-22), zurdo a pesar de ser descendiente de Benjamín (que significa «hijo de la derecha»). Partimos de un hecho: en oriente antiguo, como en tantos otros sitios actualmente, la derecha era la mano buena, y la izquierda era la mano mala, tal vez por la sencilla experiencia de que la mayoría de los seres humanos son *diestros,* mientras que la mano izquierda es *siniestra,* es desgraciada (el norte era para los judíos del Antiguo Testamento el lado de la noche y la oscuridad).

Esto era tan aceptado que Ecl 10,2 llega a decir, contraviniendo la fisiología humana, que «el sabio tiene el corazón a la derecha, pero el necio tiene el corazón a la izquierda». Por todo ello en el Antiguo Testamento:

1.º La izquierda es signo de *mal augurio.* Cuando Raquel dio a luz, antes de morir en el parto puso al hijo el nombre de Ben Oní (= hijo de mi desgracia) «pero su padre lo llamó Ben Yamín (Benjamín)», hijo de la derecha, para evitar el augurio infausto (Gén 35,18). Lo sabía también, más próximo a nosotros, el Cantar de Mío Cid: al salir de Vivar voló una corneja a la derecha, ¡buen presagio!, pero «cuando entraron en Burgos la tuvieron a la siniestra», ¡mal agüero!

2.º La mano derecha es símbolo de *destreza,* eficacia, habilidad. Los hebreos hablaban bastante de la mano derecha de Dios, casi nada de su mano izquierda (hay dos o tres excepciones en los Salmos, por ejemplo: 139,10: «allí me alcanzará tu izquierda, me agarrará tu derecha»), como convencidos de que Dios... ¡no puede ser zurdo!

3.º «La derecha de Dios» indica *fuerza divina*, soberanía y poder (Éx 15,6: «Tu diestra, Señor, admirable y magnífica; tu diestra, Señor, aplasta al enemigo»). Cf. también Is 41,10; Sal 18,36.

4.º El puesto «a la derecha» de alguien es un *puesto de honor* (cf. 1 Re 2,19).

5.º En el lado derecho está la defensa y *la salvación*: «Con él a mi derecha no vacilaré», dice el orante del salmo 16,8. En el salmo 63,9 hay otra afirmación de fe y de seguridad: «Tu diestra me sostiene».

6.º En algunos textos «derecha-izquierda» puede significar *el bien-el mal*; por ejemplo, que los habitantes de Nínive no sepan distinguir entre derecha e izquierda es como decir que no saben distinguir el bien del mal (cf. Jon 4,11).

7.º Con esto poco que queda dicho, ¿no es perfectamente lógico que los cristianos digamos que Jesús está sentado «a la derecha del Padre»; y que en el agua que brota del lado derecho del templo (cf. Ez 47,2) veamos la que brota del corazón de Cristo abierto por la lanza?

Para rezar: Alabemos a Dios con el Sal 118,15-16: «La diestra del Señor es poderosa, la diestra del Señor es excelsa, la diestra del Señor es poderosa».

O bien, pidámosle que nos bendiga, pero no como Jacob, que hizo trampa: al bendecir a Efraín y Manasés cruzó las manos y puso la derecha (= la bendición mejor) sobre la cabeza de Efraín aunque era el más pequeño, y la izquierda (= la bendición peor) sobre la cabeza de Manasés (cf. Gén 48,13-14). ¡Así no vale!

14
Derramar / *shafák*

La Biblia no solo contiene oraciones, también habla de la oración. Pero ¿quién hubiera pensado que, para definir lo que es la oración, iba a usar la Palabra de Dios términos de nuestra vida corriente, aun los que parecen hechos para usos profanos?

Uno de ellos es el verbo hebreo *shafák,* cuyo significado es verter o derramar: un líquido u otra cosa, por ejemplo el polvo (cf. Lev 14,41). Si se derrama la sangre de un animal que se ofrece en sacrificio, a esa oblación hay que suponerle un sentido religioso o litúrgico (cf. Éx 29,12). Pero si lo que se derrama es sangre humana entonces es, nada menos, un asesinato (en Gén 37,22 Rubén usa este verbo cuando trata de impedir que sus hermanos maten a José). Como es obvio, asesinar tiene poco que ver con el lenguaje de la oración.

Hasta aquí el sentido literal no da más de sí: *derramar algo.* Pero, usado metafóricamente, ese verbo adquiere otros matices. A Ezequiel le valió para decir *derrochar* (= derramar por tierra, o por los bolsillos ajenos, el dinero), pero también le valió para hablar de la efusión del Espíritu que Dios derrama sobre sus fieles. En las lamentaciones (cf. 2,12) se echa mano de este verbo para decir que alguien *expiró,* o que las piedras están *esparcidas* (cf. 4,1); puestos a exagerar, Job decía con ese verbo que su hiel estaba derramada por tierra (Job 16,13).

Esto último nos abre una pista: en el mundo de los sentimientos, cuando hay un sufrimiento intenso, un abatimiento profundo, la imagen de caer o derramarse por tierra viene pintiparada; si alguien dice que tiene el ánimo por los suelos, entendemos que tiene un desaliento total,

un desfallecimiento interior. No es de extrañar que el vocablo hebreo *shafák* sirva para hablar de nuestra oración a Dios, puesto que con frecuencia el ser humano rompe a orar cuando no puede más, cuando está afligido.

En el primer capítulo de 1 Sam tenemos descrita esa situación anímica. Ana, que no podía ser madre, es afrentada por su rival Fenina (v.6-7) que sí tiene hijos; desde su humillación Ana ora y promete a Dios que, si le concede un hijo varón, se lo consagrará de por vida. Ora ante el templo rústico de Siló «mientras el sacerdote Elí estaba sentado en la silla junto a la puerta». Y como Ana oraba moviendo los labios, pero no en voz audible según la costumbre habitual, el anciano sacerdote la consideró anormal y... la insultó: «¿Hasta cuándo te va a durar la borrachera? ¡A ver si se te pasa el efecto del vino!» (v.13-14) Nuevo agravio, porque procedía de un sacerdote, que se sumó al dolor moral de aquella mujer que «con el alma llena de amargura se puso a rezar al Señor, llorando a todo llorar» (v.10).

Ana respondió al sacerdote dándole una definición de la oración sin pretenderlo: «No es eso, señor. Es que soy una mujer que sufre... y estaba desahogándome ante el Señor»; reconoce que actuó así «por pura congoja y aflicción» (v.15-16). Pero la traducción «desahogándome» se queda pequeña, porque el original hebreo dice, a la letra: «estaba *derramando* [o *vertiendo] mi alma ante el Señor»*. El cantarillo del alma de Ana desbordó en un torrente de lágrimas, que eran su sacrificio de libación, acompañado de la oración que brotaba de su corazón afligido.

Para rezar: No olvidemos esa definición bíblica de la oración, que es de las mejores: «Derramar el alma ante el Señor». Vale en cualquier situación, no solo cuando el dolor físico o moral rebosa del alma. Ojalá nuestra oración personal sea siempre eso: que el alma rebose ante el Señor del sentimiento que contiene, sea cual sea.

15
Dios / *el*

Con una palabra muy especial en la Biblia Hebrea, aunque no demasiado frecuente (238 veces), tan breve (un par de letras nada más) como grande me propongo decir algo sobre Dios, «en quien vivimos, nos movemos y existimos». Es la palabra *el,* que nos habla del Ser vivo que ha creado el universo con omnipotencia y sabiduría. Nosotros lo llamamos *Dios.* No es algo abstracto, ni siquiera es su nombre «personal», pues los judíos del Antiguo Testamento aplicaban también esta palabra a dioses falsos inventados por el hombre; así pudo decirle Ez 28,2 al príncipe de Tiro: «Tu corazón se ha envanecido y has dicho: ¡Soy un dios, entronizado en solio de dioses!».

El es nombre para bendecir y para agradecer (en el nacimiento de Set dijo Eva: «Dios *[elohîm,* plural que se usa también como singular] me ha concedido otro descendiente a cambio de Abel»: Gén 4,25), pero es nombre común, tal vez de la misma raíz del asirio *ilu*, o de la raíz semítica *ol,* que significa potestad, poder, poderoso. *El* dice algo así como «la divinidad», la naturaleza divina, el ser divino; o «el Dios supremo», para los antiguos que aceptaban la existencia de otros dioses y pensaban que cada país tenía *su* Dios.

«¡Dime tu nombre!», le pedían los grandes orantes (cf. Jacob: Gén 32,30). No lo supieron hasta que Dios reveló a Moisés su nombre *personal* («yo-soy»), pero este nombre, además de encerrar nuevos misterios, no suprimió el uso bíblico de *el.* Si a *el* le sumamos otros nombres divinos comunes del Antiguo Testamento (san Jerónimo enumeró diez), solo con los tres más frecuentes: *eloah, elohîm,* y

adonai tenemos casi ¡cuatro mil! ocasiones en las que el Antiguo Testamento dice: *Dios.*

No necesitamos acudir a la llamada teología apofática (teología del inefable, del indecible) para reconocer que nuestros «nombres de Dios» se quedan pobres. En Egipto, el libro más antiguo conocido, *El libro de los muertos,* llamaba a Dios «el que contempla millones de años». Y san Gregorio Nacianceno decía: «¿Qué nombre puedo darte a ti, que estás más allá de todo?». Sí, pero aunque inabarcable, la palabra hebrea *el* deberá tener algún contenido. ¿Cuál?

Entre los patriarcas, nómadas casi por esencia, los jeques llevaban nombres de poder o de prestigio: «carnero», «eminente», etc.; para ellos *el* equivalía a: el jeque supremo, el guía que va delante de todo el pueblo. Su nombre lo llevaron ciudades famosas en la Biblia, como Betel («casa-de-*Dios»).* Era, y es, nombre de refugio y de seguridad: «¡...tenemos a *Dios*-con-nosotros!» («immanu-el»: Is 8,10).

Un dato en el que no solemos fijarnos es que a veces la palabra *el* tiene funciones de adjetivo; no hace falta mucha erudición para pensar que significará «divino», o «excelente», o algún otro epíteto extraordinario. Un botón de muestra lo tenemos en los cedros «altísimos» del Sal 80,11. Otro dato, para volver al principio: por ser nombre común, no debe extrañarnos si encontramos la palabra *el* al hablar de ídolos, o de *dioses falsos* (por ejemplo, Is 44,15: «[El escultor] hace un dios y lo adora, un ídolo y se inclina ante él»).

Para rezar: Como casi siempre, lo más directo es ir a los salmos. Puede valer: «Oh, Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo, mi alma tiene sed de ti...» (Sal 63,2), que hará crecer en nosotros el deseo de vivir en su presencia.

Y ahora aquí dejo una última pregunta: ¿Qué pasaría si nos acostumbráramos a nombrar a Dios con nuestro pro-

nombre personal de tercera persona singular (él) que hasta suena igual que la palabra hebrea que hemos comentado, para decir: «*Él* lo sabe todo», «lo que *Él* quiera», «*Él* siempre tiene razón», etc.?

16
Dueño / *ba'al*

Cualquier lector asiduo de la Biblia seguramente se habrá encontrado en el Antiguo Testamento con la palabra hebrea *ba'al,* como nombre propio del dios fenicio de la fertilidad en tierras y animales, que en Canaán dio nombre a pueblos y a individuos (cf. Gedeón = Yeru*baal* en Jue 6,32; a nosotros nos suenan Aní*bal* y Asdrú*bal,* ¡al fin y al cabo, fenicios!).

Cuando se emplea en plural (los *baales)* se trata de los dioses protectores locales o de sus imágenes idolátricas, desgraciadamente muy populares. Eran, por supuesto, competidores de Yahvé, y sedujeron muchas veces a los israelitas, provocando una secuencia de hechos repetidos periódicamente: «Los israelitas hicieron lo que el Señor reprueba: dieron culto a los *baales,* abandonaron al Señor [...] y se fueron tras otros dioses» (Jue 2,11-12).

Hubo reyes idólatras que fomentaron el culto de los *baales*, como también hubo profetas y jefes que lo combatieron. Ejemplo de los primeros fue el rey Ajab (s. IX a.C.), que «dio culto y adoró a Ba'al» (cf. 1 Re 16,31-32). Ejemplos contrarios, no exentos de heroísmo, fueron Gedeón (podemos leer Jue 6,25-32) y Elías, profeta encendido en el celo de Dios (cf. núm. 8: *Celoso),* que hizo degollar sin contemplaciones a cuatrocientos cincuenta profetas de Ba'al (1 Re 18,16-40).

En su origen la palabra hebrea *ba'al* procede de un verbo que traducimos *dominar*; de ahí que, como nombre común («dominador»), signifique *dueño*, señor, con derecho a tener algo: el amo de un buey, el propietario de un pozo (cf. Éx 21,28-29.34), el dueño de una casa (cf. Éx 22,7), etc., son en hebreo *baales.* De dueño a dueño, en la

comparación surge la queja apenada de Dios: «Conoce el buey a su amo y el asno el pesebre del dueño, ¡pero Israel no [me] conoce!...» (Is 1,3). También son *baales* «los notables —los señores— de Siquén» que llenan el capítulo 9 del libro de los Jueces.

Más en concreto, «tomar esposa» un varón es *hacerse dueño*. Así, una típica acepción de *ba'al* es la de *marido*. Elijo algunos ejemplos entre muchos posibles: Dt 24,4: «el primer marido de una divorciada vuelta a casar no puede volver a tomarla por esposa». «La esposa de Urías supo que había muerto su marido...» (2 Sam 11,26). Según Prov 12,4, que también es palabra de Dios, cómo no, «la mujer virtuosa es la corona de su marido»; y ese mismo libro, al describir a la mujer ideal dice que «su marido confía plenamente en ella» (31,11), ¡como debe ser!

¿Estará detrás de ese último significado de *bacal* la mentalidad de «dominación» del esposo sobre la esposa? Tal vez. En el Antiguo Testamento hay ejemplos de maridos verdaderamente cariñosos con sus mujeres, pero el contraste más relevante está en la cultura cristiana del matrimonio cuando echa raíces en un pueblo. En mi infancia, en un medio rural cristiano, nunca una mujer dejó su apellido para adoptar el de su esposo; ni oí nunca a una esposa decir «mi señor», mientras que sí oí muchas veces a un esposo hablar de «mi señora»; y ¿qué eran las palabras del Ritual Toledano (ritual hispano-mozárabe) dirigidas al marido: «Compañera os doy, no sierva»?

Para rezar: Admirar el amor de Dios-esposo que perdona a su pueblo-esposa: «Aquel día me llamarás *esposo* mío, ya no me llamarás *ba'al* mío [...] Te haré mi esposa para siempre, te desposaré en justicia y derecho» (Os 2,18.21). Y, pues los *baales* siguen existiendo hoy en muchas formas, juremos a nuestro Dios fidelidad humilde: queremos ser del grupo de aquellos «cuyas rodillas no se doblaron ante Baal, cuyos labios no lo besaron» (1 Re 19,18).

17
Educación / *mûsar*

Para aprender como alumnos en la escuela de Dios tenemos una buena palabra de la Biblia hebrea: *mûsar*.

Solo la encontramos en cincuenta ocasiones; de ellas, treinta están en el libro de los Proverbios. Quiere decir que esa palabra entra en el ámbito de la enseñanza, de la «sabiduría»; lo comprobamos nada más verla casi al comienzo del libro, entre los sinónimos de Prov 1,2-5: «...para aprender sabiduría e instrucción, para adquirir una educación adecuada, justicia, equidad y rectitud, etc.». El valor «enseñanza», «doctrina», «formación», etc., es claro en pasajes como Prov 12,1 («el que ama la *educación* ama el saber, el que odia la educación es tonto») o 4,1 («escuchad, hijos, *la enseñanza* paterna, atended para adquirir inteligencia»).

Pero la pedagogía del antiguo Israel, aunque les pese a los teóricos actuales del ramo, había comprobado que la letra con sangre entra; no se recataba en asegurar: «Vara y corrección dan sabiduría» (Prov 29,15). Es lógico, pues, que en los significados de *mûsar* entre un camino o un medio que lleva a la sabiduría: la *reprensión,* llámese corrección, castigo, reprimenda, y hasta si se quiere: rapapolvo.

Nadie dudaba de su necesidad: «Son camino de vida las reprimendas que educan» (Prov 6,23); «el que rechaza la reprensión se desprecia a sí mismo» (Prov 15,32); «escucha el consejo, acepta la corrección, y llegarás a ser sabio» (Prov 19,20); «quien acepta la corrección va por caminos de vida, quien desprecia la reprensión se extravía» (Prov 10,17). El que acabe mal por haberse torcido, tendrá que reconocer lleno de amargura: «¿Por qué rechacé la corrección y mi corazón despreció las advertencias?» (Prov 5,12).

El padre terreno, o el educador, lo tenían claro: «¡No ahorres *castigo* al muchacho!» (Prov 23,13); «el que no usa la vara no quiere a su hijo; el que lo ama lo *corrige* a tiempo» (Prov 13,24). También corrige Dios, padre y maestro supremo, que se lamenta de los discípulos rebeldes: «...en vano vapuleé a vuestros hijos: ¡no aceptaron el *castigo*!» (Jer 2,30); «la ciudad opresora... no ha aceptado la *corrección*» (Sof 3,2).

Nadie duda de que la corrección no es un plato de gusto para el padre bueno y cariñoso, ni para el hijo bueno que la recibe, como dijo más tarde el Nuevo Testamento; pero «produce frutos de paz y de justicia» (cf. Heb 12,5-11). El mismo Job, que acababa de decir: «Oigo una reprensión humillante para mí» (20,3), había dicho antes, en 5,17: «¡Dichoso aquél a quien Dios corrige!». He aquí cómo esta palabra humana *(mûsar)* que Dios ha hecho suya en la Biblia, no indica arbitrariedad, sino *amor exigente*. Cuando se entiende bien nos acerca más a Dios («Señor, en el aprieto te buscamos, cuando más nos afligía tu *castigo*»: Is 26,16). Si volvemos a Él, ya hijos dóciles, adquirimos sensatez, maduramos como personas.

Así se explica, como indiqué al comienzo, que la palabra *mûsar* signifique también, con todo derecho: sabiduría, honradez, integridad moral, etc., virtudes o cualidades que son *el fruto o la consecuencia* de la corrección aceptada de corazón.

Para rezar: Sabemos quién sufrió nuestro castigo. En la liturgia del Viernes Santo se nos dice claramente que Dios «castiga» por amor y que a la vez le duele castigarnos; tanto es así que para que no cayera sobre nosotros lo que merecíamos, lo descargó sobre su «Siervo» Jesús: «Sobre él descargó [Dios] el *castigo* que es precio de nuestra salud, y sus cicatrices nos han curado» (Is 53,5). Esa página de Isaías es pura misericordia: ¡El Hijo obediente paga la deuda de los hijos rebeldes!

18
Ejército / *tsabá*

Aunque no lo parezca todos sabemos algo de hebreo; si no fuera así no diríamos *Amén* y *Aleluya.* También sabemos, o sabíamos, otras palabras menos frecuentes, que se dicen tal cual en la liturgia en latín. Entre ellas está *tsabá,* más conocida por el plural *tsebaót* (por una corruptela decimos más bien *sabaót).* Se deja ver casi cuatrocientas veces en el Antiguo Testamento hebreo, y significa, real o metafóricamente: *ejército,* milicia, guerra. Ejemplo de sentido real es 1 Sam 17,45: David se enfrenta a Goliat y le dice: «Tú vienes hacia mí armado con espada, lanza y jabalina; yo voy hacia ti en el nombre de *Yahvé Tsebaót*, Dios de los ejércitos de Israel a los que has desafiado».

Sorprende que la palabra *tsebaót* llegara a ser título divino: «Yahvé Sabaot». En sentido literal, ¿qué ejércitos tiene el «Dios de los ejércitos»? Los de su pueblo elegido; con la garantía de que cuando sale al frente de las tropas israelitas, siempre es triunfador (cf. Is 1,24: «Oráculo del Señor Yahvé Sabaot, el Fuerte de Israel: Voy a desquitarme de mis enemigos, voy a vengarme de mis contrarios»).

Cuando su sentido es metafórico, los soldados de Dios son algunas veces los ángeles, potencias celestes (Sal 103,20-21: «Bendecid al Señor, ángeles suyos... bendecid al Señor, ejércitos suyos»). Con más frecuencia, son las estrellas del cielo; Dios las tiene contadas, y llama a cada una por su nombre (cf. Sal 147,4). Cierto, es un ejército ordenado y valeroso: combatientes a favor de Dios, lucharon desde el cielo contra Sísara, y así le fue (cf. Jue 5,20). Este uso no es raro en los libros proféticos, cuando se habla de Dios, Señor absoluto del universo.

No siempre es fácil identificar los ejércitos de Dios. En un mismo salmo, el 46, la misma expresión puede referirse a las fuerzas cósmicas en el v.4; pero en el v.12, en contexto de guerra, probablemente no.

¿Quién inventó ese título divino? Desde Mesopotamia, que fue quizás la cuna de la astrología, hasta Egipto, donde se decía que las estrellas eran el séquito del dios Osiris, bastaba contemplar el cielo de una noche estrellada para pensar que los astros, tan cerca de Dios, poseen poderes divinos. Israel, así como sintió la atracción de los dioses falsos de Canaán, también sintió la tentación de los cultos astrales de pueblos vecinos. Por eso, el Deuteronomio (4,19) prohibía con dureza dar culto a las estrellas: «Cuando levantes los ojos al cielo y veas el sol, la luna, las estrellas, todo el ejército del cielo, no te dejes seducir y te postres ante ellos para darles culto». ¡Las estrellas no son «dioses menores», sino *criaturas* del único Dios!

A todo esto, nadie nos prohíbe pensar ahora en los Reyes Magos. Vaya usted a decirles que su astrología era una superstición. Dirán que Dios se vale de *todo,* de cualquier criatura del universo, para atraer hacia sí a quien busca humildemente la verdad limpia. También yo lo digo, pero al decirlo no defiendo ni apruebo horóscopos ni conjunciones planetarias, ¡todo lo contrario! Lo que digo es que, si contempláramos las estrellas del cielo más que el barro de aquí abajo, hasta tendríamos ganas de ser mejores, de tener ideales elevados.

Para rezar: Reafirmemos nuestra fe en el verdadero Dios, escuchando sus palabras en Is 44,6-7: «Esto dice el Señor, rey de Israel, su redentor *Yahvé Tsebaot*: Yo soy el primero y el último, fuera de mí no hay ningún dios. ¿Quién como yo?». (Quizá sea una pérdida que ahora nos hagan decir: «...el Señor Dios del universo». No proferimos una mentira, pero ¿era eso lo que decía el texto hebreo?).

19
Encender(se) / *jaráh*

Por acá suele hacer calor en verano, un calor que se mide con el termómetro y lo mismo causa una insolación que derrite la mantequilla. Pero hay otro calor más peligroso: la «quemazón» interior, el «resquemor» (del verbo *quemar)* de la ira. Elegimos una palabra que nos suena a «los celos de Dios» comentados en el número 8. En el Antiguo Testamento el verbo hebreo *jaráh,* vale para esos dos calores. Su significado primero es *encender,* y de ahí: *quemar*. Si se usa con valor de reflexivo significa «encenderse», «calentarse» con el mal calor del alma: *airarse,* o *enfurecerse,* o *irritarse,* o cualquier palabra sinónima.

El verbo *jaráh* sirve para decir que «Saúl se enfureció enormemente contra los amonitas» (1 Sam 11,6); que Moisés se enojó mucho contra Coré y su cuadrilla de amotinados (cf. Núm 16,15); que «Jacob se encolerizó, recriminó a Labán y se encaró con él» (Gén 31,36). Son tan humanas las páginas bíblicas que a cada paso tienen que echar mano de ese verbo, como también nosotros sentimos a cada paso los ramalazos de impaciencia o de ira; de la ira que es madre (o hija, quién sabe) de la *envidia:* Saúl se irritó mucho porque cantaban y alababan a David *y a él no* (cf.1 Sam 18,8).

Por esto expresa también la amargura interior, el recocerse de rabia, el reconcomio. Caín «se llenó de amargura» porque Dios aceptó la ofrenda de Abel y no la suya (cf. Gén 4,4-5). Ejemplo de anti-alianza de civilizaciones fue Jonás: «sintió un profundo disgusto y se enfureció» por la conversión de los de Nínive, tanto que el Señor no pudo menos de reconvenirle: «¿Te parece bien enfurecerte así?» (Jon 4,1.4).

El sentimiento de «calentarse» (decimos también «echar chispas») contra alguien, igual que el resquemor de

la envidia amarga, es negativo, y moralmente destructor: «No te exasperes por los malvados [...] no te exasperes por el hombre que triunfa empleando la intriga [...] no te exasperes, *no sea que obres mal»* (Sal 37,1.7-8).

Lo que sí es verdaderamente serio es... ¡el «encenderse» de Dios! Si a *jaráh* se le añade la palabra hebrea *af* (= narices), da el mismo significado que nuestro vulgar y grosero «hinchársele a uno las narices»: es el respirar caliente y apresurado de quien está a punto de estallar, como cuando Dios asegura: «Si maltratas a viudas y huérfanos, y ellos claman a mí, yo escucharé su clamor, *se encenderá mi cólera* y os mataré a espada» (Éx 22,19.11). ¿Quiere nuestra sensibilidad suavizar ese lenguaje? Bien, pero ahí seguirá la revelación explícita: ¡es trágico ser enemigo de Dios! No es del Antiguo, sino del Nuevo Testamento, la frase «Es terrible caer en manos del Dios vivo» airado contra el pecado (Heb 10,31); hasta la naturaleza inanimada prueba las consecuencias del enfado divino («vacilaron los cimientos de los montes, sacudidos por su cólera»: Sal 18,8). Que Dios sea «lento a la ira» (cf. Sal 103,8) no quiere decir que no la experimente.

Derivados de *jaráh* son los sustantivos *jarón* y *jarí* que nos hablan de «el incendio» de Dios, de «el arrebato, el fuego de su ira» (cf. Is 13,9), de «la cólera irresistible, el incendio de su cólera» (cf. Jer 25,38) contra su pueblo cuando este abandona la alianza con Dios. ¿Qué será la cólera divina puesta al rojo vivo?

Para rezar: Hasta las últimas páginas de la Biblia revelan que Dios no es apático, que no le da lo mismo el bien o el mal, que el amor verdadero es algo muy serio. Un judío del Antiguo y Nuevo Testamento, llamado Saulo de Tarso, continúa diciéndonos: «De Dios nadie se burla» impunemente (Gál 6,7). ¿Por qué no pedimos una vez más el don del santo temor de Dios?

20
Enemigo / *oyéb*

Las páginas de la Biblia están llenas de enemigos de toda clase. Dios no es enemigo nuestro, sino todo lo contrario, pero tiene enemigos que, por serlo de él, lo son nuestros si queremos serle fieles. En el Antiguo Testamento hay al menos ocho vocablos hebreos para hablar del *enemigo;* el más frecuente (270 veces) es *oyéb,* participio del verbo *ayáb.*

Los escritores del Antiguo Testamento con una palabra suelen arreglarse, no distinguen siempre, como sí lo hace, por ejemplo, el latín, los tres tipos de *enemigo:* el contendiente militar *(hostis),* el contrincante o rival *(adversarius),* y el «no amigo» *(in-imicus);*

— Tres ejemplos del primer significado: Jue 2,18: «el Señor los salvaba de sus enemigos...»; 1 Sam 4,3: «que el arca de la alianza venga con nosotros y nos salve del poder enemigo», que en aquel momento era el ejército filisteo; 1 Re 8,33: «cuando tu pueblo Israel sea derrotado por el enemigo, por haber pecado contra ti...».

— Tres ejemplos del segundo significado: Núm 10,35: «Moisés decía: Levántate, Señor, que tus enemigos se dispersen»; Jue 5,31: «perezcan así, Señor, tus enemigos»; por medio de Isaías dice Dios: «Tomaré venganza de mis enemigos, satisfacción de mis adversarios» (1,24).

— Tres ejemplos del tercer significado: Éx 23,4: «si ves caído bajo la carga el asno de tu enemigo...»; Núm 35,23 («...sin verlo le tira una piedra y lo mata sin que fuera su enemigo»); 1 Sam 24,20: «si uno encuentra a su enemigo, ¿lo deja marchar por las buenas?».Para completar esta nota añado que a veces en hebreo la palabra *enemigo* tiene sentido colectivo; también nosotros decimos en

singular: «el enemigo era muy numeroso», y estamos hablando de muchos.En cualquier tiempo del año es bueno recordar que la guerra se libra en nuestro corazón: si somos amigos de los que el Catecismo de nuestra infancia denominaba *los enemigos del alma* («el demonio, el mundo y la carne») dejamos de ser amigos de Dios; para ser amigos de Dios tenemos que rechazar de nuestra amistad a esos tres enemigos. No hay alternativa.Lo más terrible que puede pasarnos es que Dios se vuelva enemigo nuestro. Si se da ese caso, tendremos la culpa nosotros. No estamos inmunizados contra ese mal. Para ayudarnos a no tomar a la ligera nuestra conversión bastaría leer el capítulo 2 de las Lamentaciones, una elegía impresionante por la ruina de Jerusalén: «El Señor se ha portado *como enemigo,* ha acabado con Israel, ha destruido sus palacios, etc.».Pero, seguros de su amor infinito, no ponemos la confianza en el nuestro, siempre inconstante.

Para rezar: Esta vez, y siempre que nos veamos o nos parezca que estamos rodeados de enemigos, sugiero meditar las palabras de Dios en Oseas 11,5-9 (aunque la última frase es críticamente dudosa, y no todas las traducciones coinciden). Después de amenazar a Israel «porque no quisieron convertirse», el corazón de Dios se conmueve: «¿Cómo podré dejarte, Efraín, entregarte a ti, Israel?... Dentro de mí me da un vuelco el corazón, se me conmueven las entrañas. ¡No ejecutaré la condena, no volveré a destruir a Efraín!, que soy Dios y no un hombre; el Santo en medio de ti y no un enemigo devastador».

21
Gritar / *qará*

El vocabulario hebreo sobre la oración es abundante. Pero pienso que a ninguno de nosotros se le ocurriría, en vez de decir *orar,* emplear una palabra que leemos en el Antiguo Testamento hebreo casi setecientas cincuenta veces *qará,* cuyo significado básico es *gritar* (p. ej. Jer 2,2: «El Señor me habló así: ¡Ve y grita a los oídos de Jerusalén…!»), y abarca todo lo relacionado con *la voz:* llamar, clamar («la sangre de tu hermano [Abel] clama a mí desde la tierra»: Gén 4,10), exclamar, leer en público (naturalmente, con voz audible: «el rey leyó ante ellos el libro de la alianza encontrado en el templo»: 2 Re 23,2), anunciar, proclamar (Jonás «caminó un día entero pregonando: "Dentro de cuarenta días Nínive será destruida"»: Jon 3,4). En el campo religioso y del culto, es también *orar, «invocar* el Nombre del Señor».

Pero, ¿hay que *gritar* cuando oramos? La burla de Elías a los profetas de Baal en el monte Carmelo («¡Gritad más fuerte! Ba'al es dios, pero estará meditando, o tal vez ocupado, o estará de viaje. ¡A lo mejor está durmiendo y se despierta!»: 1 Re 18,27) parece indicar que gritar no es modo correcto para dirigirnos al Dios vivo y verdadero. Sin embargo, Samuel ¿no se pasó la noche «gritando al Señor» intercediendo por Saúl (1 Sam 15,12)? Y el jornalero que no recibe su salario ¿no «gritará al Señor» contra su amo y este cargará con su pecado (Dt 24,15)? Y nosotros ¿no seguimos diciéndole a Dios: «Escucha mi oración, que mi grito llegue hasta ti» (Sal 101,2)?

Hay gritos y gritos. El verbo *qará* puede emplearse con pleno derecho para significar *llamar* al Señor, *invocar* al Señor (cf. Jer 33,3; 1 Sam 12,17-18); se entiende siempre

como: «pronunciar en voz alta», incluso con solemnidad o insistencia, según los casos, el nombre del Señor, «el Dios que hace tanto por mí» (Sal 57,3). Puede chocar a nuestra sensibilidad, según el consejo de nuestro Maestro (cf. Mt 6,6); con todo, recordemos: ¡estamos en Oriente antiguo!, y nuestro Maestro en la cruz rezó con el Salmo 22,2-3: «A pesar de mis gritos mi oración no te alcanza; de día te grito y no respondes».

Hay gritos y gritos. El orante del Antiguo Testamento es como un niño a quien la mamá en la iglesia le dice al oído: «Dile algo a Jesús»; lo más probable es que el niño espontáneamente hable en voz alta. Cuando ese niño ya adulto se vea envuelto en un incendio, ¿dirá respetuosamente en voz baja «¡Socorro! ¡Fuego!», o gritará con todas sus fuerzas? Al orante que se encuentra en una situación espiritual difícil, en peligro extremo, ¿le estará prohibido decir: «A voz en grito clamo al Señor, a voz en grito suplico al Señor; desahogo ante él mis afanes...» (Sal 141,2-3)? No nos escandalicemos viendo que el libro de los Salmos abunda (56 veces el verbo *qará)* en gritos dirigidos a Dios; muchos salmos brotaron en situaciones trágicas en las que el corazón no está para florituras de lenguaje, sobre todo cuando solo se escucha el silencio de Dios. ¿Qué hacer cuando la Palabra de Dios se queda sin palabras? ¿No fue esa la experiencia de Job («Te grito pidiendo auxilio y no me haces caso...»: 30,20)? Hay ocasiones en las que vale más gritar que callarse.

Para rezar: Sugiero aprovechar Is 40,6-7 para comenzar la jornada llenos de humildad, pendientes de Dios, apoyando nuestra fragilidad en su palabra todopoderosa: «Una voz [= la de Dios] dice: "¡Grita!" Respondo: "¿Qué he de gritar?" "Que todo ser vivo es hierba, y su belleza como flor campestre: la flor se marchita, se seca la hierba cuando el viento del Señor sopla sobre ellos, ¡pero la palabra de nuestro Dios permanece para siempre!"».

22
Hombre / *adám*

Nos fijaremos a continuación en un término hebreo que encontramos unas quinientas cincuenta veces en el Antiguo Testamento: *adám*.

Significa, ante todo, el *hombre,* el ser humano *varón o mujer,* criatura de Dios (Gén 1,27: «Creó Dios al hombre, varón y hembra los creó») y por lo mismo propiedad de Dios; diverso de los animales (las enumeraciones bíblicas lo colocan siempre separado de ellos, por ejemplo: «El hombre, los ganados, los reptiles, las aves»: Gén 6,7) porque *es,* no solo «tiene», *cuerpo* material *y alma* espiritual. Creado a imagen y semejanza de su Creador, todo ser humano es, de algún modo, presencia de Dios en nuestra tierra. Pero no confundamos: el hombre no es *Dios* rebajado de categoría («Dios no es hombre para que pueda mentir, ni hijo de hombre para volverse atrás»: Núm 23,19); sencillamente, por ser criatura es distinto de su creador y depende vitalmente de él.

Adám puede referirse a alguien tan concreto como *el primer hombre,* que en la Biblia es un personaje representativo, que lleva «incorporados» en él a todos sus descendientes. Adán, en este caso, se convierte en nombre propio de una persona (cf. Gén 5,1.3). La Biblia, que ama las etimologías y busca dar con las raíces de las palabras, relaciona *adám* con *adamáh,* que significa tierra, suelo laborable, terreno (que el primer hombre había sido formado de la tierra ya lo decían los egipcios, y luego los chinos). Este ser llamado Adán no es abstracto: tiene un nombre concreto y pertenece a una colectividad concreta de la que es comienzo y origen.

El vocablo hebreo *adám,* curiosamente, no tiene plural, pero también se usa como colectivo: «todo hombre es

torpe para saber», en Jer 10,14 equivale a: la gente, los seres humanos son torpes etc.; así lo vemos en 1 Sam 24,10: «¿Por qué haces caso a lo que dice la gente…?» (literalmente: «…a las palabras de hombre»). Y puede equivaler a un indefinido: «alguien», que, si va con una negación, es «nadie» (Jer 16,20: «¿Puede alguien fabricarse dioses?»).

Una nota más: la fórmula *hijo de hombre,* que parece del gusto del libro del profeta Ezequiel (la emplea ochenta y ocho veces) tiene este matiz: el ser humano *débil* por naturaleza, el ser humano en cuanto que es precario y frágil, pequeño ante Dios (Is 51,12: «¿Por qué temes al hijo de hombre que es como hierba?». Job 25,5-6 dice: «si ni siquiera las estrellas son puras a los ojos de Dios, ¡cuánto menos el hombre, ese gusano!»). Bien lo definió nuestro clásico: «el hombre es nada, / muy hijo de mujer, muy corto en vida, / muy lleno de miseria amontonada. / Es flor que apenas nace y ya es cogida…».

¿Qué más? Que el primer pecado humano dio, entre otros frutos, el de la maldición de la *adamáh* y el trabajo fatigoso: «Maldita será la tierra por tu causa…» (Gén 3,17). Pero, a pesar de nuestra pequeñez y nuestros pecados, o precisamente por ellos, el Señor nos ama y nos ha dado el dominio de la creación. El Dios lejano disfruta entre nosotros, su Sabiduría se goza por habitar entre «los hijos de los hombres» (cf. Prov 8,31).

Para rezar: Es casi inevitable recurrir al Salmo 8, que concilia los dos aspectos: insignificancia y grandeza del hombre ante Dios: «¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, el hijo del hombre para darle poder? Lo hiciste un poco inferior a los ángeles... Le diste el mando sobre las obras de tus manos, etc.». Hay que rezarlo con gratitud humilde.

23
Joven / *bajûr*

Los griegos tenían en su idioma más de cincuenta palabras para determinar las edades de la vida humana; a los judíos del Antiguo Testamento les bastaba con pocas. Para la etapa que llamamos *juventud* el vocabulario estaba sin deslindar; usaban dos términos principalmente para decir *joven;* uno de ellos *(na'ar)* es tan amplio que vale hasta para un niño todavía sin nacer. Por eso elijo el otro: es el vocablo *bajûr,* que significa *mozo,* muchacho, y está en el Antiguo Testamento hebreo sesenta veces. A lo mejor su primer significado fue solamente «varón de gran estatura» (cf. 1 Sam 9,2); se trata, en cualquier caso, de un joven ya desarrollado, terminada la adolescencia, en oposición a «niño» o «anciano», como vemos en el profeta Jl 3,1 («vuestros ancianos tendrán sueños, vuestros jóvenes tendrán visiones») o en Prov 20,29: «La fuerza es el orgullo del joven, honra del anciano son sus canas».

Pero, ¿cuándo acababa la adolescencia? Lo mismo que, para nuestra mentalidad, los casaban muy pronto, también —frente a nuestro horror justificado por los «niños soldado»—, los judíos válidos iban a la guerra siendo casi niños; si nos cuesta creerlo, recordemos las primeras hazañas «militares» de David adolescente que nos cuenta el capítulo 17 de 1 Sam. Entre adolescencia, juventud y lo que llamamos edad madura no pasaba tanto tiempo; para ellos la edad madura empezaba antes que ahora, y la ancianidad, no digamos.En diversos escritos bíblicos tenemos ejemplos en los que el vocablo *bajûr* va en reciprocidad con *betuláh* (muchacha): Dt 32,25 («caerán a espada los jóvenes y las doncellas...»); Is 23,4 («ni crié muchachos ni eduqué doncellas»); Lam 1,18 («mis

muchachas y mis [muchachos] jóvenes han marchado al destierro»).

Por el vigor juvenil o por su buen tipo, con *bajûr* se intercambió algunas veces el término *guibór* (guerrero) un ejemplo: «He ceñido la corona a un héroe, he levantado a un *soldado* sobre el pueblo» (Sal 89,20). Y ya que los muchachos vigorosos eran los más aptos para las armas, como es natural, resulta lógico que la palabra *bajûr* acabase significando también *guerrero,* soldado: 2 Re 8,12 («pasarás a cuchillo a sus soldados»); 1 Re 12,21 («Roboán movilizó para la guerra a ciento ochenta mil *jóvenes*»).

Más aún, ser soldado requería cierta selección, pues no vale cualquiera; quizás por eso, también nuestro vocablo hebreo pudo pasar a significar *elegido* (¿tal vez sinónimo de *bajír* = elegido, de la raíz del verbo hebreo *bajár?).* Un ejemplo clásico: «Como un león subiré de... y los espantaré de repente y los gobernará mi elegido» (Jer 49,19).

Para rezar: ¿Cómo rezar con esta palabra del Antiguo Testamento? Oremos por los jóvenes, casi divinizados por «el mundo» (que olvida que ser joven no es un privilegio ni un mérito personal, y desaparece con el calendario) y a la vez manipulados por él para convertirlos en consumidores y esclavos. Que se preparen responsablemente a lo que Dios les pida; que lleguen a ser más sensatos y juiciosos que los ancianos, como Elihú en Job 32,6-14, o Daniel (en Dan 13,50). Que los jóvenes aprendan que la sabiduría y la honradez importan más que la edad que se tiene. Y que puedan decirle a Dios:

«Tu mandato me hace más sabio que mis enemigos, siempre me acompaña; soy más docto que todos mis maestros porque medito tus preceptos; soy más sagaz que los ancianos porque cumplo tus leyes; aparto mi pie de toda senda mala, para guardar así tu palabra...» (Sal 119,98-101).

24
Ley / *toráh*

Si la palabra *ley* nos sugiere párrafos resecos, quizás incómodos, que no se pueden amar, llenos de trampas para disfrute de juristas, y que se suponen muy pesados por aquello de «todo el peso de la ley» que caerá sobre los infractores, estemos atentos al leer la Biblia, porque la palabra hebrea *toráh,* escrita doscientas dieciocho veces en el Antiguo Testamento, significa *ley,* pero también algo más.

Cierto, muchas veces no es más que eso: normas, mandatos: «Abrahán me obedeció y cumplió mis órdenes, mandatos, preceptos e instrucciones», dice el Señor en Gén 16,5. Probablemente cuando eso se puso por escrito ya estaban coleccionados esos preceptos divinos (Baruc 4,1 habla de «el libro de los mandatos de Dios»). De ahí la Ley pasó a denominar lo que nosotros llamamos Pentateuco (los cinco primeros libros del Antiguo Testamento según el orden en que los tenemos), que contienen bastantes textos legales. Siglos más tarde los judíos convertidos al cristianismo extendieron el nombre de *La Ley* a todo el Antiguo Testamento.

Para que lo entendamos mejor: la palabra hebrea *toráh* proviene del verbo *yaráh* (recordemos el número 1: «Acertar»), y este verbo nos lleva en dos direcciones: *dirigir,* indicar, señalar con el dedo; y *obtener una enseñanza,* una respuesta, un oráculo.

Esto es suficiente para reconciliarnos con la palabra *toráh:* puede ser *ley* como norma de orientación para la conducta moral (así en Éx 18,20: «incúlcales los preceptos y las leyes, enséñales el camino que han de seguir y las obras que han de practicar»); y puede ser *ley* como ins-

trucción, o enseñanza, o revelación (así en Prov 28,29). Más aún, por boca del profeta Oseas (4,6) Dios llegó a amenazar de esta manera: «Ya que olvidaste la ley de tu Dios, también yo me olvidaré de tus hijos».

Lo importante es que ese vocablo hebreo se usa especialmente para hablar de *la Ley del Señor,* es decir, los Mandamientos de Dios (cf. Éx 18,16) que expresan su *voluntad* santa. En el libro de los salmos la palabra *toráh* se refiere a la voluntad de Dios; por eso se la puede amar de verdad, y por eso es orientación para la vida, y por eso es fuente de auténtica alegría: «¡dichoso el que camina en la ley del Señor!» (Sal 119,1). Este salmo 119 acumula veinticinco veces la palabra *toráh* para referirse a conceptos que nosotros traducimos por: precepto, mandato, consigna, palabra, norma, voluntad, etc., del Dios amado sobre todas las cosas. Si lo repasamos entenderemos que el orante diga: «¡Mi delicia es tu Ley!» (v.70). Es lógico, porque si amamos a Dios su voluntad no se nos hace insoportable, al contrario, «es descanso del alma» (Sal 19,8).

Me queda decir que en el Antiguo Testamento la tarea de transmitir fiel-mente al pueblo la ley-voluntad de Dios es oficio típicamente sacerdotal (cf. Jer 18,18), de modo que, si eso falta, surge un vacío, una carencia que entristece.

Para rezar: Pues acabo de citar a Jeremías, vamos a escuchar su profecía consoladora en el capítulo 31,31s.: «Van a llegar días, —oráculo del Señor— en los que haré con la casa de Israel y con la casa de Judá una alianza nueva..., pondré mi ley en su interior y la escribiré en sus corazones, y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo». ¿Dónde y cuándo cumplió Dios perfectamente esta profecía? En el corazón humano de su Primogénito. Luego, trabajosamente va cumpliéndola en nosotros, si nos dejamos trabajar por Él.

25
Libro / *séfer*

En el año hay un tiempo especial en el que celebramos la venida salvadora de la Palabra de Dios hecha «carne». Y ¿cuándo celebramos el regalo de la Palabra de Dios hecha «libro»? *Séfer* es el vocablo de la Biblia hebrea para decir *libro* (Jos 15,15s nombra una ciudad antigua llamada, no sabemos por qué, «Villa del Libro»; como Urueña, exactamente). Encontramos casi doscientas veces la palabra *séfer;* tiene el significado muy amplio de *escrito:* vale para la materialidad del objeto (libro, rollo) y para su contenido. Puede tratarse de una *carta,* como las cartas homicidas que envió Jezabel a la gente importante de la ciudad (cf. 1 Re 21,8), o las réplicas y contrarréplicas del capítulo 29 de Jeremías; fuera de la Biblia son famosas las notas de Lakis, cercada y conquistada poco antes que Jerusalén, escritas en lo que tenían a mano: en trozos de cerámica.

Otras veces se trata de un *código legal,* como el de la Alianza y en general la Ley (cf. Éx 24,7; 2 Re 23,2; Jos 1,8). Otras se trata de un *documento* con valor jurídico, que puede ser: el recibo de una compra, como en Jer 32,10-16 (nosotros decimos: «la escritura» de una casa); o también, desgraciadamente, un acta de divorcio, real o metafórico (cf. Dt 24,1.3; Jer 3,8). Otras será un documento familiar tan apreciado en Oriente como *la genealogía* (cf. Neh 7,5). Cuando son crónicas de palacio, ese escrito lo llamaremos en nuestra lengua *anales,* por ejemplo: «los Anales del reino de Israel» (1 Re 14,19), «los Anales del reino de Judá» (1 Re 14,29).

No sé si es verdad que *séfer* proviene del asirio *sipru* (carta, documento); ciertamente tiene que ver con el verbo hebreo *safár,* que significa *contar,* en el doble sentido de

«numerar» y «narrar». Es un verbo que le sirve muy bien a Dios, que es de Ciencias y de Letras a la vez y que, además, no escribe banalidades. Pero ¿escribe Dios?

Para responder a esa pregunta pensamos inmediatamente en «la Biblia». Sin embargo, hay algo más, porque dentro de la Biblia con la palabra *séfer* se habla de un misterioso *libro de Dios*. Ese libro es, por una parte, algo así como el «registro civil» del cielo, el *catálogo* de los que se salvan (cf. Éx 32,32s.), llamado también *Libro de la Vida* porque en él están inscritos los elegidos (cf. Sal 69,29; Dan 12,1). Por otra parte el *libro de Dios* es en otros pasajes el libro del Juicio, en el que constan las acciones buenas y malas de los hombres (cf. Is 65,6-7), el *«liber scriptus proferetur / in quo totum continetur»,* de la célebre secuencia litúrgica *Dies irae.*

Y un libro, ¿se puede comer? Si es *libro de Dios*, suponemos que sí. Claro que es fórmula simbólica, para decir: acoger en el corazón la palabra divina; o recibir una misión profética como la que recibió Ezequiel (cf. Ez 2,8-3,4).

Para rezar: 1.º) En la comunión eucarística comemos materialmente la Palabra de Dios hecha carne. No podemos hacer lo mismo con la Palabra de Dios escrita, pero podemos cultivar el «hambre» de conocerla; y hemos de pedir entenderla, que nos «aproveche».

2.º) Y siempre tendremos a mano los Salmos, para suplicar: «Anota en tu libro mi vida errante, Dios mío» (Sal 56,9); o para hacer el acto de fe siguiente: creer que desde toda la eternidad «tus ojos veían mis acciones, se escribían todas en tu libro» (Sal 139,16); y para decir como Jesús: «Aquí estoy —como está escrito acerca de mí en el libro— para hacer tu voluntad...» (Sal 40,8).

26
Luz / *ôr*

«La norma del Señor es límpida y da luz a los ojos» (Sal 19,9) porque toda palabra de Dios es iluminación, «luz en mi sendero» (Sal 119,105), porque señala el camino para salvarnos. Pensando en esto elijo ahora el vocablo hebreo *ôr*. Es, ante todo, lo opuesto a la oscuridad: *la luz,* primera maravilla de la creación (cf. Gén 1,3-5; Is 45,7). Es un vocablo apto para simbolizar casi todo lo bueno, por ejemplo, sin salir de los Salmos: *la vida* («que camine en presencia de Dios a la luz de la vida», a la luz que es la vida: 56,14); *la benevolencia* («¿quién nos hará ver la dicha si la luz de tu rostro ha huido de nosotros?»: 4,7); el *conocimiento* («tu luz nos hace ver la luz»: 36,10); *la felicidad* («dichoso el pueblo… caminará, oh Señor, a la luz de tu rostro»: 89,16); *la alegría,* etc.

Si hablamos acerca de Dios, no sólo es verdad que Dios está vestido de belleza y majestad, la luz lo envuelve como un manto (cf. Sal 104,1-2), sino que, como escribió un gran judío del siglo I d.C., «Dios *es luz,* de modo que no hay en él oscuridad alguna» (1 Jn 1,5). Bien podemos decir con el salmo 27,1: «El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré?». (Nota para recordar: en Oriente llevar un vestido u otro no era una añadidura banal, como suele ocurrir en esta época nuestra de vulgaridad generalizada y dirigida, sino que tenía un valor simbólico grande, era reflejo del interior de la persona.)

Y pues «gloria» es también «esplendor», luminosidad, no es raro que el vocablo hebreo *ôr* a veces sea sinónimo de *gloria.* Por tanto, con el texto del salmo 104 citado antes podemos decir que Dios está revestido de gloria como con un manto; la gloria es su vestidura. Y lo más

grande: Dios ha querido que participemos de su gloria: a la criatura humana la ha coronado de gloria-luz y dignidad (cf. Sal 8,6).

Una interpretación antigua del texto de Gén 2,25 venía a decir que en realidad Adán y Eva no estaban desnudos, sino que, al ser imagen y semejanza de Dios, estaban revestidos de luz (o de gloria, como prefiramos). Por el pecado perdieron ese vestido, «quedaron despojados del esplendor de Dios», como diría otro gran judío del siglo I (Rom 3,23); fue, a mucha distancia, la experiencia que tuvo Job: «me ha despojado de mi gloria, me ha quitado la corona de mi cabeza» (Job 19,9). Al serles quitada la vestidura gloriosa, cayeron en la cuenta de que estaban desnudos, como si la luz que los envolvía antes de pecar se hubiera transformado en piel. En hebreo es muy fácil el juego de palabras *(luz-piel),* porque «piel», en hebreo, suena casi como «luz»; basta pronunciar esa palabra con una aspiración suave; transcritas en nuestro alfabeto, ambas palabras solo se diferencian en la tilde a la izquierda: *'or - 'or.*

Con todo, si el corazón humano no pierde por completo y voluntariamente la luz puede notársele en el rostro; concretamente en los ojos que, para un judío antiguo, no eran solo órganos receptores de luz, sino que la producían y proyectaban sobre los objetos. Cuando llegase el Mesías, pensaban, vendría revestido de luz, su rostro sería un candelabro resplandeciente…

Para rezar: Puede servirnos Isaías (60,1-3) como llamada de Dios a cada uno de nosotros: «¡Levántate y déjate iluminar (= vístete de luz), que llega tu luz, la gloria del Señor amanece sobre ti! Mira, la oscuridad cubre la tierra y las tinieblas los pueblos, pero sobre ti amanece el Señor y su gloria aparecerá sobre ti…».

27
Mano / *yad*

Uno de los vocablos de la Biblia hebrea que inicialmente se referían al cuerpo humano, pero que Dios utilizó para hablarnos de sí mismo es *yad,* muy frecuente en el Antiguo Testamento —casi mil seiscientas veces—, como ocurre en nuestra lengua. Significa *mano* (y a veces *brazo).* Sí, *yad* es esta mano nuestra, derecha o izquierda, instrumento precioso que puede agarrar el volante de un automóvil o teclear un piano, aplaudir o apedrear al mismo que ayer era aplaudido. Manos que trabajan, manos que oran, manos que dan, manos que reciben...

En su significado básico la encontramos en el Salmo 22,17, que Jesús rezó en la cruz: «Taladraron mis manos y mis pies...»; y en otras muchas páginas de la Biblia: por *mano* de Urías mandó David la carta que sentenciaba a muerte al mismo Urías (2 Sam 11,14); el zurdo Ehud agarró el puñal con su *mano* izquierda (Jue 3,21), gesto que pilló desprevenido a su adversario.

Con este sentido corporal no puede emplearse para hablar de Dios que, como tal, es espíritu y no tiene manos. Pero sí se emplea metafóricamente, en muchas expresiones bíblicas que hablan de Dios a nuestra manera, como si él tuviera cuerpo humano como nosotros. ¿Podría revelarse Dios de otro modo antes de la encarnación de su Hijo?

Por ejemplo, «la mano de Dios» puede simbolizar *su fuerza,* y su poder. En Is 50,2 pregunta Dios: «¿Acaso es tan corta (= tan débil) mi mano que no puede rescatar, o no tengo yo vigor para salvar?». El Éxodo está lleno de expresiones que nos hablan de «la mano fuerte y el brazo extendido» del Señor para proteger a los suyos. Pero el poder de Dios es ambivalente: puede servir para dar con

generosidad («abres la mano y sacias a todo viviente»: Sal 145,16) y para salvar con gesto liberador y providente; pero puede ser también el gesto airado de quien está en contra, y amenaza o hiere a un individuo («la mano de Dios me ha herido»: Job 19,21; «descargabas día y noche tu mano sobre mí»: Sal 31,4) o a una colectividad (Jue 2,15: «la mano del Señor se les ponía en contra en todo lo que emprendían, tal como él les había dicho»).

En la actividad humana *yad* tiene también los dos aspectos. La mujer hacendosa de Prov 31,19-20 «extiende la mano a la rueca y sus dedos manejan el huso; abre sus manos al necesitado y ofrece su ayuda al pobre». Por otra parte, es terrible caer o ser entregados «en manos del enemigo» (Lev 26,25); pero siempre será preferible, como reconoció David, «caer en manos del Señor, que es compasivo, antes que caer en manos de los hombres» (2 Sam 24,14).

Para rezar: Podemos servirnos del Sal 139,5.10. ¡La omnipresencia divina! Por fortuna no podemos escapar de Dios: «Me estrechas detrás y delante, me cubres con tu palma... Si vuelo hasta el margen de la aurora, si emigro hasta el confín del mar, allí me alcanzará tu izquierda, me agarrará tu derecha».

O bien, podemos pedir, con el Sal 138,8: «Señor, tu misericordia es eterna, ¡no abandones la obra de tus manos!», no abandones esa obra tuya que somos nosotros.

O confiamos, con Jesús en la cruz: «A tus manos entrego mi espíritu» (Sal 31,6): pongo mi vida en tus manos. Y nadie nos prohíbe pensar en la confianza de Jesús niño, dormido en los brazos de la Virgen. Ella tomaría su manecita, y mientras repasaba delicadamente sus dedos diminutos pensaría: «Esta mano sostiene el universo,... y me sostiene a mí».

28
Mar / *yâm*

Cuando rezamos: «Suyo es el mar porque él lo hizo» (Sal 95,5), ¿percibimos lo que suponían esas palabras para un judío fervoroso del Antiguo Testamento, como acto de fe en Dios creador, y ejercicio de fortaleza contra el miedo? Pero vamos por partes: *yâm* es una palabra hebrea relativamente abundante en el Antiguo Testamento (más de trescientas veces). Significa *el mar*. Si no se dice más, suele referirse al Mediterráneo, llamado también «el gran Mar» (cf. Jos 1,4), o «el Mar occidental» (cf. Dt 11,24) o «el Mar de los Filisteos» (cf. Éx 23,31). Era *el mar* por excelencia para cualquier israelita. Designaba también el oeste en los puntos cardinales (recuérdese lo que dijimos en el núm. 13 sobre la izquierda y la derecha: el orante miraba al oriente y el Mediterráneo le quedaba a la espalda); pero olvidemos ahora este significado de la palabra *yâm,* que no estamos los occidentales para muchas glorias.

El Antiguo Testamento conocía también otros mares: el Mar Muerto, llamado «Mar del Desierto» (cf. 2 Re 14,25); el Mar de la Sal (cf. Gén 14,3); el Mar oriental (cf. Zac 14,8); el Mar Rojo, llamado «Mar de Egipto» (cf. Is 11,15). Echando a volar la fantasía llamaban también *mar* al lago de Kinnéret (= Genesaret en el Nuevo Testamento) y a grandes ríos como el Eúfrates y el Nilo.

Ahora bien, lo que nos interesa es la relación «teológica» que puede haber entre el mar y Dios y entre el mar y nosotros. Israel apenas tuvo alguna vez el mar como frontera; la costa mediterránea de Palestina casi siempre estuvo ocupada por filisteos o fenicios, y más tarde las ciudades costeras fueron helenísticas o romanas. Ante el mar, el pueblo israelita, forjado básicamente en el desierto, era

cobarde, comparado con la audacia de los navegantes fenicios o griegos; un relato como *La Odisea*, de Homero, sería impensable en un judío. Sin embargo el mar les recordaba dos cosas importantes.

Primera. Como una más entre las grandes maravillas de la creación («Dios hizo el mar y cuanto hay en él»: Sal 146,6), la mera existencia del mar es signo claro del poder de Dios; del poder *creador*, ante todo: Dios lo creó, lo separó de la tierra firme y le puso límites (cf. Gén 1,9-10). Mientras en los antiquísimos mitos del Oriente Medio el Creador había entablado una lucha enorme con el mar hasta lograr domarlo, al Dios verdadero le bastó ¡una palabra! Solo Dios puede dominar el mar, y no le supone esfuerzo.

El mar es, además, signo del poder *salvador,* exclusivo del Dios fiel: no hay más que recordar el paso milagroso del pueblo israelita por el Mar Rojo (cf. Éx 14).

Segunda. Pero el mar tiene fauces tremendas, devoradoras de hombres. Junto a su inmensidad y su belleza está su fuerza destructora, porque en él habitan monstruos terribles (el Dragón de Job 7,12; Leviatán, Rajab): «Aquel día castigará el Señor con su espada grande, templada y fuerte, al Leviatán, serpiente huidiza...; y matará al Dragón que mora en el mar» (Is 27,1). Y del mar surgen imperios avasalladores e injustos (cf. Dan 7,3). En suma: los judíos del Antiguo Testamento veían también el mar como fuerza peligrosa, causa de desgracias, signo claro de inestabilidad o inseguridad. ¡Atención, veraneantes!

Para rezar: Nos quedamos con mirada contemplativa ante el mar, obra admirable de la mano de Dios; y para que también esta maravilla y todos sus «habitantes», aunque sean monstruos y dragones, glorifiquen al Señor, y aunque estas palabras se conservan solo en la parte de Daniel escrita en griego (3,78-79) decimos: «Mares y ríos, ¡bendecid al Señor!... Cetáceos y peces, ¡bendecid al Señor!».

29
Misericordia / *rajamím*

El camino de la *conversión* (cf. núm. 51: «Volverse») tiene su punto de partida en la *misericordia* de Dios, que necesitamos recibir y experimentar siempre. *Rajamím* es un ejemplo más, entre los muchos que tenemos en el Antiguo Testamento, de un término corporal usado para expresar realidades espirituales. El singular de la palabra hebrea *réjem* significa *seno materno:* «Antes de formarte en el seno materno, ya te elegí», dijo Dios a Jeremías (1,5); es la idea que repite el salmista: «Tú me has tejido [o: entretejido] en el seno materno» (Sal 139,13), y de la que el mismo Jeremías renegó al rebelarse contra su vocación: «¿Por qué salí yo del seno de mi madre para pasar trabajos y penas?» (20,18). Como era de esperar, aparece este término en frases relativas a la fecundidad o la esterilidad, al nacimiento de un ser humano, etc.: «¿Acaso puede una mujer olvidar a su criatura, no compadecerse del hijo de sus entrañas?» (Is 49,15).

El plural *rajamím* sirve para hablar del *corazón* (cf. núm. 10), de las entrañas, como sede de la ternura, de los afectos, sobre todo de *la misericordia.* La emoción que sintió José al ver a su hermano Benjamín, y que le obligó a retirarse para que no lo vieran llorar (cf. Gén 43,30), se expresa con esa palabra. En el célebre juicio de Salomón, a la verdadera madre del niño sentenciado a ser partido en dos mitades «se le conmovieron las entrañas» *(rajamím:* 1 Re 3,26). En contraposición a las entrañas de una madre, que son compasivas, «las entrañas del malvado son crueles» (Prov 12,10).

Todavía queda un resto de corporeidad en esos ejemplos. Se espiritualiza del todo cuando la palabra hebrea significa directamente *misericordia,* amor tierno, compa-

sión,... hablando de Dios como sujeto. Al meditar sobre la historia de Israel, Isaías comenzó: «Quiero recordar las(s) misericordia(s) del Señor...» (63,7). Alabando al Señor, el Pueblo reza: «El Señor es bueno con todos, es cariñoso con todas sus criaturas» (Sal 145,9). Y ¿qué había que pedir en las desgracias nacionales, las de entonces y las de ahora? «Que tu compasión nos llegue pronto, pues estamos agotados» (Sal 79,8).

Sí, es lógico que en los salmos de súplica tenga lugar preferente este término hebreo, como en el famoso salmo *Miserere:* «Misericordia, Dios mío, por tu bondad, por tu inmensa compasión borra mi culpa» (51,3). En otro salmo, el 69, el orante dice: «Respóndeme, Señor, con la bondad de tu gracia, por tu inmensa ternura vuélvete hacia mí» (v.17). Porque un hebreo sabía que, si Dios «cierra sus entrañas» (= no tiene misericordia de...), el orante está perdido: «¿Es que Dios se ha olvidado de su bondad, o la cólera cierra sus entrañas?» (Sal 77,10); por eso pide: «Señor, no me cierres tus entrañas (= no me niegues tu compasión); que tu misericordia y tu lealtad me guarde siempre» (Sal 40,12).

El vocablo *réjem* procede del verbo *rajám* (= compadecerse, enternecerse, tener misericordia), que la mayoría de las veces tiene como sujeto a Dios, casi como si se tratase de una cualidad poco menos que exclusivamente divina. De la misma raíz es la palabra *rajúm* (= compasivo, misericordioso). En total, esta familia de vocablos aparece en el Antiguo Testamento algo más de cien veces; no es mucho, pero no están solos, porque existen otros vocablos hebreos sinónimos.

Para rezar: ¿Qué tal si memorizamos en el corazón los versículos 1-14 del salmo 103, bendiciendo a Dios que «nos colma de gracia y de ternura», que es «compasivo y misericordioso», que «siente ternura por sus fieles» como un padre por sus hijos?

30
Muerte / *máuet*

No todos los meses del año son el que llamamos, o se llamaba, «el mes de los difuntos», pero en todos los meses y en todos los días del año la gente sigue muriéndose. ¿No podríamos aprender de una palabra del Antiguo Testamento hebreo? Es *máuet,* que significa *muerte.* A veces también es *el lugar de los muertos,* en el que se pensaba que los difuntos seguían existiendo como sombras o fantasmas (un ejemplo en Job 30,23: «me devuelves a la muerte, lugar donde se dan cita todos los vivientes»). Se emplea en la Biblia hebrea ciento cincuenta veces; su raíz, el verbo *mût*, *morir*, ¡más de setecientas veces!, nada raro, puesto que morir es un hecho de vida, el último que realizamos cada uno de nosotros en este mundo.

Muerte es lo opuesto a *vida.* Que todos tengamos un límite aquí abajo, que un día tengamos que ir «por el camino de todos» (Jos 23,14), porque «todos morimos y somos como agua derramada en tierra, que ya no puede recogerse» (2 Sam 14,14), no suprime el aspecto doloroso, «la amargura de la muerte» (1 Sam 15,32); ¡hasta a Dios mismo «le cuesta mucho la muerte de sus fieles»! (Sal 116,15).

Ese hecho de vida llamado *muerte* a veces se interpreta mal, o imperfectamente, en el Antiguo Testamento hebreo, como si fuera la ruina total, igual para el hombre y para los animales, «pues todos han salido del polvo y todos vuelven al polvo» (Ecl 3,19-20); este mismo autor nada feminista dijo más adelante, sin que al parecer nadie se escandalizara, que «la mujer causa más amargura que la muerte» (7,26).

Que en ocasiones *muerte* tenga sentido metafórico —ruina moral, a la que lleva un «camino», un estilo de

conducta (Dios nos muestra los dos caminos: «Pongo ante ti la vida y el bien, la muerte y el mal...»: Dt 30,15; Jer 21,8)— refuerza lo negativo de ese vocablo, que suena a desaparición, a situación angustiosa, trátese de muerte natural de la que, como animalillos acorralados, no podemos escapar (cf. Sal 18,6: «me envolvían redes de muerte») o de la muerte violenta de quien es «reo de muerte» (cf. 2 Sam 12,5). El simple tocar a un difunto o sus pertenencias se convertía para un judío en mancha legal que había que purificar durante siete días (cf. Núm 19,11-16).

Aunque al Antiguo Testamento hebreo no llegó plenamente la revelación del más allá, no faltan en él vislumbres positivos. Por ejemplo, nos hace saber que hay al menos dos valores tan poderosos o más que la muerte:

1.º) *el amor,* que «es fuerte como la muerte» (Cant 8,6), y

2.º) *la fe* en Dios, que «no permitirá a su fiel conocer la corrupción» (Sal 16,10).

Nos hace saber igualmente que existe una *muerte redentora*: la del Siervo de Yahvé (cf. Is 53,12). Y que quien es fiel a Dios puede encarar la muerte con valentía audaz: «¿Dónde está, oh muerte, tu pestilencia?, ¿dónde está, oh abismo, tu contagio?» (Os 13,14), preguntas que resonaron siglos más tarde en una carta de Pablo de Tarso (1 Cor 15,55). Finalmente, el Antiguo Testamento hebreo nos hace saber que la muerte entró en el mundo como *consecuencia del pecado* («el que peque, morirá»: Ez 18,20; en Lev 20 hay una lista desagradable de pecados concretos que llevan consigo la pena de muerte).

Para rezar: «Los que desprecian la Sabiduría aman la muerte» (Prov 8,36). Queremos ser sabios, amamos la vida. Pero, ya que de un modo u otro hemos de morir, presentamos a Dios nuestro deseo: Señor, «muera yo con la muerte de los justos; mi final sea como el suyo» (Núm 23,10).

31
Noche / *láilah*

Cuando la luz solar desaparece cada tarde y en los campos reina la oscuridad, podemos detenernos en una palabra hebrea que suena casi como muletilla de canciones populares («ay, laláy, laláila...»), pero sin empeñarnos en buscarles parentesco, porque no lo tienen. Es *láilah* y significa *noche.* Dios usa este vocablo doscientas treinta veces en el Antiguo Testamento hebreo para decirnos, ante todo, que él ha creado la noche, al igual que creó el día, dos realidades contrapuestas: «Separó la luz de la oscuridad, y a la oscuridad la llamó *noche*» (Gén 1,5). Por tanto, la noche no puede ser en sí misma mala; como criatura de Dios, «una noche susurra a otra noche el mensaje» de la obra del Creador (cf. Sal 19,3).

La noche es tiempo de *comunicaciones* —en sueños o en vigilia— de Dios, que, según la experiencia del salmista, «hasta de noche me instruye internamente» (Sal 16,7). De noche habló a Balaán (cf. Núm 22,20) y a Samuel (cf. 1 Sam 15,16). También lo experimentaron, entre otros, Jacob, en la famosa visión de la escala entre cielo y tierra (cf. Gén 28,11-12), Salomón (cf. 1 Re 3,5), o el profeta Zacarías que tuvo ocho visiones nocturnas con otros tantos oráculos. Por eso mismo, la noche es tiempo propicio *para orar:* los sacerdotes en el templo (cf. Sal 134,1-2), o cualquier orante cuya alma ansía a Dios de noche (cf. Is 26,9) y le dice: «De noche pronuncio tu nombre [...] a media noche me levanto para darte gracias» (Sal 119,55.62).

En la historia de Israel la noche más célebre es la que, hablando a nuestra manera, Dios pasó sin dormir (!) preparando la liberación de su pueblo esclavizado en Egipto. Fue una gran Vigilia divina a la que ha correspondido de

generación en generación la vigilia humana de alabanza (cf. Éx 12,42).

Con todo, la noche es, asimismo, el *reino de la oscuridad,* de las tinieblas físicas y morales. Es compañera del mal, tiempo de calamidades y desgracias para castigo de profetas corruptos (cf. Miq 3,5-6); es tiempo de pecado, de robos, de espionaje (los espías de Josué entraron en Jericó «de noche»: Jos 2,2), de asaltos e invasiones militares como el saqueo que sufrió Moab (cf. Is 15,1). La misma liberación nocturna de la esclavitud en Egipto tuvo doble filo: cantos de victoria entre los israelitas liberados, y «noche de inmenso clamor» para los egipcios, «porque no había casa que no tuviera un muerto» (el primogénito) (Éx 12,29-30).

Si un sueño nocturno puede ser medio de revelación divina, también puede ser una pesadilla terrible. Para Job, que se lamenta de que le tocan en suerte «noches de agobio» (7,3), las pesadillas nocturnas son fuente de terror (cf. 4,13-14); hasta el punto de que la noche puede equivaler a *la muerte,* pues los jefes «mueren de repente en plena noche» (34,20) y de noche «la gente es expulsada de su sitio», es decir: muere (36,20, texto discutido).

Para el paganismo antiguo y moderno la noche tiene casi más valor que el día, porque de noche se pueden cometer crímenes y pactar con poderes ocultos, pues es la hora del poder de «los espíritus», de las tinieblas. ¿Cuándo, si no es por la noche, los conspiradores celebran sus conciliábulos y los corrompidos sus francachelas?

Para rezar: Sabemos Quién nos ha convertido *la noche en día* eterno (¿por qué lo llamarán ahora «un judío marginal»?). Pidámosle vivir en su luz: llenar de obras buenas las veinticuatro horas, como la mujer hacendosa de Prov 31,18, «cuya lámpara ni de noche se apaga»; y no escondernos de su mirada (trabajo inútil: ¡para él «la noche es clara como el día!»: Sal 139,12).

32
Ojos / *'ayim*

¿Cuántas páginas de la Biblia hablan de la mirada de Dios? Es palabra suya que «sus ojos están observando, sus pupilas examinan a los hombres» (Sal 11,4); sus ojos buenos examinan cómo usamos los nuestros, instrumentos maravillosos inventados por él. *'Ayim* es la palabra hebrea que leemos en el Antiguo Testamento casi setecientas cincuenta veces. Un significado es *ojos,* nuestro órgano de la vista. Es un plural que no es plural sino «dual», para palabras que representan órganos dobles, como las orejas. Dos ojos que pueden ser (no digo estar, que es distinto) buenos, regulares o malos. Buenos para la compasión de la caridad, como Job, que «era ojos para el ciego y pies para el cojo» (29,15), y los ojos humildes del anciano cuyos ojos «no son altaneros» ni ambicionan grandezas que lo superan, (Sal 131,1); regulares: los ojos apagados que reflejan la nostalgia del expatriado (cf. Dt 28,65); y malos, los de las mujeres de Jerusalén en tiempo de Isaías, que caminaban «con el cuello estirado, haciendo guiños con los ojos» (Is 3,16).

Los ojos son fuente de conocimiento y origen del deseo, bueno y malo: malo el que surgió en Eva «al ver que el fruto del árbol era bueno y apetecible a la vista» (Gén 3,6); bueno, el de la esclava que mira atenta cualquier gesto de las manos de su señora por si la llama y le ordena algo (Sal 123,2). De momento, dejemos quieto lo de «ojo por ojo» (Éx 21,24), que si lo tomamos a la letra en plan fundamentalista, puede suceder que en pocos días nos quedemos todos tuertos.

Hay ojos humanos que, al levantar la mirada reciben una aparición divina, como Abrahán ante los tres persona-

jes (cf. Gén 18,2-3); mientras que los ojos divinos al mirar «hacia abajo» se cruzan con la mirada de sus criaturas (llámense Noé, Abrahán, Moisés, María de Nazaret...) que «hallan gracia» ante los ojos de Dios.

¿Levantamos los ojos a Dios para pedirle auxilio? Bueno, ¿por qué no hacerlo también para darle gracias «porque los ojos del Señor tu Dios están constantemente puestos en tu tierra, desde que empieza el año hasta que acaba» (Dt 11,12), porque, mientras que los dioses falsos «tienen ojos, pero no ven» (Jer 5,21) nuestro Dios «nos envuelve, nos cuida y nos guarda como a la niña de sus ojos» (Dt 32,10)?

Queda algo más en la palabra hebrea que comentamos. El ojo humano es también la fuente de las lágrimas, ¿no? Pues nos falta saber que *'ayim* también significa... *manantial* (en árabe, de la misma raíz, recordamos El-Aayún, capital del Sáhara), elemento indispensable para la vida en un país seco. La Biblia localiza fuentes de Palestina: la de Agar, «la fuente que hay en el camino de Sur» (Gén 16,7), o les da fama como a la fuente del encuentro de Rebeca con el enviado de Abrahán (Gén 24,30). *'Ayin* entra en la formación de algunos topónimos (= nombres de lugares) de Palestina: *En*-gedí, *En*-dor, etc. Uno relativamente famoso: *En*-Roguel (= la Fuente del Batanero), en la frontera entre Judá y Benjamín (cf. Jos 15,7).

Y nada más, aunque podíamos seguir hablando sobre el valor simbólico de un manantial; o de la necesaria mortificación de la vista (que no cuesta tanto, porque para ver lo que hay que ver...).

Para rezar: «Mirarán al que traspasaron», dijo el Señor por medio de Zacarías (12,10). Nuestro dramaturgo clásico escribió: «ojos y heridas / son bocas que nunca mienten». Si hoy miramos las heridas y los ojos del Crucificado, tal vez le oigamos decir: *«¡Mira,* es tu madre!».

33
Palabra / *dabár*

La palabra hebrea en la que nos detenemos ahora es un instrumento más por el que Dios se nos ha manifestado en el Antiguo Testamento; y hace honor al título de estas notas, porque significa precisamente eso: *palabra.* El término hebreo es *dabár,* y es un vocablo que entre nosotros ninguna revista religiosa ha renunciado a usar en estos años, como signo de erudición. Proviene de un verbo hebreo que suena igual *(dabár).* Tanto el sustantivo como el verbo aparecen en el Antiguo Testamento más de quinientas veces cada uno, dato que indica importancia. Llenan toda la Biblia, que es diálogo interminable de Dios con nosotros. Puestos a citar ejemplos no acabaríamos nunca.

El significado corriente es, en efecto, *palabra,* con todo el campo que abarca: locución, revelación, mandato discurso, respuesta, sentencia, etc. ¡Todo lo que es el lenguaje! Al menos, con una inmensa diferencia: la palabra de Dios lo puede todo, es creadora, fiel, siempre a favor nuestro; en cambio, nuestras palabras…

El segundo significado, menos copioso en ejemplos, es el de *razón,* motivo, causa: «por este *motivo...»,* «por *culpa* de…».

El tercer significado es heterogéneo: pasa de *palabra* a *hecho;* un hecho es algo de lo que se puede hablar, o que se puede narrar con palabras (suceso, hazaña, acontecimiento, cosa, obras, historia, tarea, asunto, ocasión…): «¿Qué ha ocurrido?» (1 Sam 4, 16) es en hebreo, literalmente: ¿qué *palabra* ha habido? «Los demás hechos de Salomón» (1 Re 11,41) es, literalmente: el resto de *las palabras* de Salomón. «No tenían relaciones comerciales

con los arameos» es, literalmente: no había para ellos *palabra* con los arameos. Etc.

Así resulta que *dabár* es un término polivalente, una de esas palabras-comodín, soluciones de comodidad que sirven para todo y que usamos también en nuestra lengua: *cosa* («la cosa va en serio», «parece cosa de magia», etc.), *cacharro, trasto* («quita ese trasto de ahí»),...

Esto es más importante de lo que parece, porque Dios se revela a sí mismo *con palabras y con hechos,* y esto se nos puede transmitir con el mismo vocablo. Además, este tercer campo de significado, no usado en el griego clásico, pasó a la primera traducción griega de la Biblia (llamada «la Setenta») y «contagió» al griego del Nuevo Testamento; si leemos «di una *palabra...*» podemos entenderlo, sin más: basta un mandato tuyo, da una orden, etc.

Se me ocurre un ejemplo hermoso de sintonía en el uso del término *palabra* en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, casi a la letra. En Gén 18,14 escuchamos la respuesta de Dios a Abrahán: «¿Hay alguna cosa difícil para el Señor?» (de nuevo, literalmente es: ¿hay alguna *palabra* difícil para el Señor?). Ahora en griego: en Lc 1,37, en el pasaje de la vocación de María, escuchamos la respuesta del ángel: «Nada hay imposible para Dios» (literalmente: no hay imposible para Dios toda *palabra;* «no toda» = ninguna).

Para rezar: Lo menos que podemos hacer, por educación, es dar gracias a Dios porque quiso hacérsenos cercano y conocible mediante sus *palabras y obras,* muy especialmente por las palabras y obras *de su Hijo* (¡su Palabra!) hecho criatura humana, que sigue habitando y «hablando» entre nosotros. ¿Consecuencia? Seremos personas que confían en su(s) palabra(s), con la seguridad del salmista: «Lámpara es tu palabra para mis pasos, luz en mi sendero».

34
Paz / *shalôm*

Siempre será preferible que al final del año nos bombardeen con deseos de paz, antes que con los deseos de la frívola Navidad pagana. Nosotros mismos, cuando deseamos la paz, ¿qué es lo que deseamos? *Shalôm,* que suele traducirse por *paz,* es un vocablo de una raíz semítica que tenemos cerca (¿no es *salám* un clásico saludo árabe?) y vale para decir: estar bien, tener bienestar, vivir feliz, tener salud, sentirse colmado, etc. Lo encontramos en el Antiguo Testamento hebreo cerca de doscientas treinta veces.

Lo menos que se puede decir de él es que tiene el valor de ser la fórmula para saludar y despedir (cf. Ajimás a David: 2 Sam 18,28). En hebreo bíblico saludar a uno con la paz es desearle buena salud, que viva a gusto, etc., porque *shalôm* puede incluir hasta el pago de una deuda (¡qué paz, qué respiro de alivio cuando se termina de pagar la hipoteca!). Así al acabar la jornada rezamos: «En paz me acuesto y en seguida me duermo, porque tú solo, Señor, me haces vivir tranquilo» (Sal 4,9).

La palabra *paz* ¿indica «ausencia de guerra»? En la Biblia hebrea a veces sí: cuando dos reyes (Salomón y Jirán) firmaron un pacto de no agresión, *«la paz* reinó entre ellos» (1 Re 5,26). La paz y la guerra tienen sus normas: según 1 Re 2,5 es un crimen «derramar sangre de guerra en tiempo de paz»; y puede uno imaginar que oye tambores de guerra cuando al pueblo llega un forastero, y hay que preguntarle como los ancianos de Belén preguntaron a Samuel: «¿Vienes en son de paz?» (1 Sam 16,4).

Sin embargo no siempre es así. Puede no haber guerra… y no haber paz. Dos botones de muestra: hablando

del hombre sensato, «todas sus sendas (= su proceder) son *tranquilas»* (Prov 3,17); sus enseñanzas «te proporcionarán... años de vida y *bienestar»* (Prov 3,2), incluso en tiempo de guerra. Propiamente lo opuesto a la paz bíblica no es la guerra, sino la *desgracia,* o la *falta de armonía;* no nos sorprendan traducciones como estas: En Gén 29,6 Jacob pregunta por Labán a los pastores: «¿Se encuentra bien?» (a la letra: ¿hay paz para él?). En Is 41,3 Ciro persigue a los enemigos «y avanza incólume» (a la letra: y avanza en paz).

Y existe una falsa paz: la del apóstata e idólatra que «se las promete felices y piensa: Tendré paz, aunque mi corazón siga obstinado...» (Dt 29,18); la de los profetas falsos, «que cuando tienen algo que morder gritan: ¡Paz!, pero declaran la guerra santa al que no les pone algo en la boca» (Miq 3,5); la de los malvados que «hablan de paz con el prójimo, pero llevan la maldad en el corazón» (Sal 28,3). Dios nos libre de la tortura del orante en Sal 120,6-7: «Demasiado tiempo llevo viviendo con los que odian la paz; cuando yo digo: Paz, ellos dicen: Guerra».

La paz auténtica viene de Dios. Él «bendice a su pueblo con la paz» (Sal 29,11) y nos manda bendecirnos con ella (cf. Núm 6,24-26). Hay que desear y pedir ese don (cf. Sal 122,6-9). Para la paz de la era mesiánica, que es el don divino más precioso, habría que leer todo Isaías; sin olvidar que el Mesías no sólo es «el príncipe de la paz» (Is 9,5), «príncipe pacífico» (no *pacifista,* ¡cuidado!), sino que *él mismo es la paz* (cf. Miq 5,4).

Para rezar: Leamos despacio, y agradecidos al Dios de la paz, el cántico de Is 26,1b-6, en honor de nuestra ciudad santa, ciudad de paz... cuando no la perturbamos nosotros.

35
Pecado / *jatát*

A Dios le importa tanto nuestro pecado, le duele tanto, que el hebreo bíblico es quizás la lengua más rica en vocablos para hablar de esa realidad misteriosa que llamamos pecado y no podemos encerrar en una sola palabra. En el escaparate de esta nota voy a exponer uno de esos vocablos del Antiguo Testamento, que explica un aspecto del misterio: el pecado es *la suprema equivocación.*

Ese vocablo hebreo es el sustantivo *jatát,* que suele traducirse, sin más, por *pecado,* como en el célebre salmo 51: «...limpia mi pecado [...] cometí el pecado que aborreces» (v.5-6), pero es interesante atender a su origen. Procede de la raíz del verbo hebreo *jatá.* De la misma raíz existen otras palabras *(pecador, reo, expiación por el pecado,* etc.); todas ellas forman una familia muy triste y numerosa; triste por su contenido, y numerosa porque aparecen en el Antiguo Testamento hebreo cerca de quinientas veces.

Pues bien, el verbo *jatá,* como cualquier otra palabra que se precie, tiene su historia. Su primer significado fue errar el tiro, no dar en el blanco. Por ejemplo, en Jue 20,16 se habla de unos famosos honderos zurdos que nunca fallaban la puntería (nunca «pecaban»): «Se alistaron setecientos hombres elegidos, zurdos, capaces de acertar con la honda a un pelo sin fallar el tiro».

Otros significados, emparentados con el primero, son:

a) *No conseguir,* no encontrar. Por ejemplo, habla la Sabiduría: «el que peca contra mí —literalmente: el que no me consigue, el que no me encuentra— se causa perjuicio a sí mismo» (Prov 8,36).

b) *No llegar a* (una meta), «no alcanzar a...»: «El que no alcance… (es decir, no llegue a) los cien años...» (Is 65,20);

c) *Perder(se):* «El que provoca el furor del rey se pierde a sí mismo» (literalmente: peca contra sí mismo), dice el libro de los Proverbios (20,2).

De ahí al *fallo* moral, al *desacierto* más serio de nuestra vida, que es el pecado, va sólo un paso en el lenguaje; ese paso se dio fácilmente. Al pecado podemos llamarlo con pleno derecho «yerro», «fracaso», «frustración», «fallo», «desatino», con la seguridad de que es todo eso y mucho más.

Hasta un pagano como Aristóteles dijo que hemos de intentar que nuestra vida «dé en el blanco» con la misma intención que tiene el arquero cuando dispara la flecha; con otras palabras, que nuestra vida cumpla su finalidad, que lleguemos a la meta. Y después de él santo Tomás de Aquino escribió: «Pecar consiste en que el acto humano *se desvía* de la rectitud que debe tener». ¡Qué lamentable la vida malograda del que vive errando el enfoque moral, del que tuerce la puntería o apunta locamente al vacío!

Para rezar: Aunque lo propio sería quedarnos dentro de los muros del Antiguo Testamento, no podemos menos de entrar en el Nuevo para reflexionar. Nuestro pecado, más el amor de Dios a nosotros, hicieron la Pasión de Cristo; en ella, cuando ya Jesús estaba muerto, «uno de los soldados con la lanza le traspasó el costado» (Jn 19,34), le abrió el corazón. Fue un pecado, sí. Pero ¿se podría decir que el soldado aquel *no erró el tiro,* sino que acertó de lleno en el blanco, en el centro neurálgico de nuestro Dios redentor del pecado? Entonces, casi habría que terminar diciendo: ¡Menos mal!, porque así nos ha quedado abierto de par en par y para siempre el camino real hacia el «trono de la misericordia» y del perdón que necesitan nuestros pecados, nuestros auténticos desatinos.

36
Peregrinación / *ma'aláh*

Para *peregrinar* a Jerusalén había que *subir* («allá suben las tribus, las tribus del Señor»: Sal 122,4), en sentido geográfico ante todo, pero también en sentido moral y espiritual (Sal 24,3: «¿Quién puede subir al monte del Señor? El hombre de manos inocentes y limpio corazón...»). De ahí que la palabra hebrea equivalente en nuestra lengua a *subida,* o ascensión, sea término técnico para decir *peregrinación.* Es el vocablo hebreo *ma'aláh,* sustantivo usado cuarenta y seis veces en el Antiguo Testamento, quince de ellas en el subtítulo de un famoso grupo de Salmos (120-134) llamados precisamente «de las subidas», o «de peregrinación» (por ejemplo, todos hemos cantado alguna vez: «Qué alegría cuando me dijeron..., allá suben las tribus, las tribus del Señor»; Sal 122,4). Vocablo sinónimo es *ma'aléh* (diecinueve veces). Numéricamente, poca cosa; pero hay que añadir que su raíz es *'alah* = *subir* (verbo intransitivo) y *levantar* (verbo transitivo), y este verbo se deja ver casi ochocientas cincuenta veces en el Antiguo Testamento y da mucho juego en la formación de otras palabras: *arriba, ascensión, superior, el Altísimo (!),* etc.

En sentido puramente material puede referirse a los seis *escalones* del «gran trono de marfil» que se hizo el rey Salomón (cf. 1 Re 10,19); también a la *escalera* de piedra que cita Neh 12,37 al hablar de la reconstrucción de Jerusalén: «a la altura de la Puerta de la Fuente subieron derechos, por la *escalera* de la Ciudad de David...»; y a las *escalinatas* que había ante las puertas del templo, de las que habla Ezequiel exhaustivamente en el capítulo 40.

En ocasiones puede indicar los *grados* que en un reloj de sol «sube» o recorre la sombra (cf. 2 Re 20,9-11).

Igualmente puede dejar ambigua la traducción de un texto, como el de Neh 12,37, pero siempre indicará algo que está levantado respecto a un plano inferior, o la subida de un lugar a otro más alto.

Cité los salmos «de peregrinación»; esta es la interpretación más probable del significado de la palabra hebrea en ese sitio. Esos salmos podían ser los que cantaban durante su retorno a Jerusalén los judíos desterrados; también los que se cantaban en las procesiones en torno al templo o en los atrios del templo, una vez llegados los peregrinos a la ciudad santa. Podemos usarlos en nuestras peregrinaciones (mejor a pie) a Javier, a Montserrat, a Guadalupe, etc., sabiendo que, como dice Benedicto XVI, «con ese lenguaje se alude a la subida *interior,* hacia el templo, hacia el Calvario». ¡Pues claro que se puede subir al Calvario cantando!

Usamos el valor metafórico de ese lenguaje bíblico cuando imaginamos el cielo arriba y la tierra abajo, cuando hablamos de valores morales (bueno-malo; superior-inferior). Y comprendemos el gesto del orante que levanta la mirada al cielo: «A ti levanto [verbo hebreo *naśá]* mis ojos, a ti que habitas en el cielo...» (Sal 123,1).

Para rezar: Probemos a orar, con un corazón universal, sirviéndonos del texto de Is 2,2-5. En esos versos hay una promesa divina cuyo cumplimiento queremos adelantar: que todas las naciones de la tierra «suban» hasta su Señor, que es Jesucristo, hasta su corazón, que es el verdadero templo de Dios para nosotros, que ese corazón sea el sitio de peregrinación también para los paganos y para quienes lo rechazan.

«Al final estará firme el monte de la casa del Señor, en la cumbre de las montañas, por encima de las colinas. Hacia él confluirán todas las naciones, caminarán pueblos numerosos, y dirán: "Venid, subamos al monte del Señor, a la casa del Dios de Jacob para que nos instruya en sus caminos y marchemos por sus sendas..."».

37
Piedra / *ében*

Hablo en sentido figurado si digo que la Palabra de Dios conservada en el Antiguo Testamento, igual que nuestra vida cristiana en medio del mundo, como la Iglesia misma, está llena de *piedras*; aunque no tantas como las que dificultaban el paso en los caminos y estropeaban en Palestina los campos de cultivo y las calzadas (cf. Is 62,10; 5,2). *Ében* no es el único vocablo hebreo para decir *piedra,* pero sí el más numeroso —doscientas cincuenta veces— y el que abarca más tipos de piedras: las ruedas de molino que mueve un asno, y los cantos rodados, de los que basta uno para derribar a un gigante con un disparo de honda, como lo experimentó Goliat a manos de David (cf. 1 Sam 17,49); las que sirven para apedrear a un idólatra o a un hijo libertino (cf. Dt 17,5; 21,21) y las que son pedernal para hacer fuego. Están igualmente los grandes pedruscos puestos como *estelas* sagradas, culto idolátrico que la Biblia condena (Lev 26,1: «No erijáis imágenes o estelas,... ni piedras grabadas para postraros ante ellas»).

También hay las que llamamos *piedras preciosas,* cada una con su nombre, que sirven para el lujo, o para el adorno o el arte, o para el culto, ¿por qué no? (basta ver en 1 Crón 29,2 las que regaló David al templo, o las del pectoral del sumo sacerdote en Éx 28,17-20): son símbolo de la perfección y de la belleza propias de Dios y de su ciudad celeste, cimentada sobre zafiros y azabache (cf. Is 54,11s).

Una piedra puede ser también un *peso,* porque sirve para medir «el peso justo» en un platillo de la balanza; puede ser la plomada del albañil (cf. Is 34,11). Por supuesto, metafóricamente las piedras significan *la dureza* de corazón; o *la rigidez* del síncope, como fue el caso de

Nabal, enemigo de David, a quien, del susto que le dio su mujer, «el corazón se le quedó de piedra» (1 Sam 25,37). Igualmente las piedras definen *el granizo,* arma divina providencial en una batalla (para socorrer a Gabaón ciudad cercada: cf. Jos 10,11), con la naturalidad con que nosotros hablamos de la *pedrea* o el *pedrisco* fuerte.

No nos extrañe que la frontera entre lo natural y lo sobrenatural sea franqueable cuando se trata de «piedras» que a veces, por su forma, grandeza, etc., podían parecer de origen sobrenatural. Dios se reveló a Jacob cuando dormía teniendo una piedra por almohada (cf. Gén 28,11-19: «¡Esta es la casa de Dios y la puerta del cielo!»); por «la llamarada que se levantó de *la roca*» entendió Gedeón el carácter divino de la aparición (Jue 6,21). Y un altar ¿no se construía acumulando piedras sin labrar, es decir, no profanadas por el hombre (cf. Éx 20,25)?

Es nuestra voluntad la que pone en las cosas una intención buena o mala, la que hace que un buen fragmento de roca sirva de monumento, funerario o no (en Gen 31,45-52 testificaba un tratado), o para hacer un ídolo. ¡Ponemos en nuestro camino moral tantas piedras de tropiezo frente al Dios único que es la roca o piedra de apoyo de Israel (cf. Gén 49,24)!

Para rezar: Todos sabemos Quién dijo con toda verdad hablando de sí mismo: «La piedra que desecharon los constructores es ahora la piedra angular» (Sal 118,22); nos dirigimos a él para que, según su promesa —«Os quitaré el corazón de piedra y os daré un corazón de carne» (Ez 36,26)—, ablande nuestro corazón tantas veces fosilizado.

O bien, con el Sal 102,15 pedimos por la Iglesia, con la pena de experimentar que la arruinamos nosotros, pecadores: «Levántate, Señor, ten misericordia de Sión, que ya es tiempo de misericordia. Tus siervos aman sus piedras, se compadecen de sus ruinas».

38
Pobre / *'aní - 'anáu*

La «literatura» religiosa de estos años pasados ¿no habrá cometido algún exceso hablando de *los pobres*? La llamada opción por los pobres ¿podrá ser excusa válida para tranquilizar mi conciencia sin salir de mi egoísmo? Empecemos aclarando nociones: ¿a qué «pobres» me refiero cuando hablo de los pobres? La Biblia hebrea usa estas dos palabras, y no son las únicas, para referirse a ellos: *'aní* y *'anáu,* que proceden de la misma raíz, el verbo *anáh* = doblarse, doblegarse, imagen visual dramática del acurrucado o del aplastado por la bota opresora. Alguna vez son vocablos sinónimos, pero lo normal es que no digan exactamente lo mismo:

1) *'Aní* (plural *'aniyyím*) es la persona privada de bienes de este mundo; el menesteroso, el que ha caído en una situación de miseria. Es una categoría *sociológica,* sin color religioso (¡no digo que Dios no nos pida socorrerlos!). Desde Dt 15,11, que nos recuerda que «no faltarán pobres en esta tierra», y que hay que abrir la mano generosamente «al que es indigente y pobre en tu tierra», hasta el «¡escúchalo, pobrecilla!», que dice Dios metafóricamente a Jerusalén en plena desgracia (Is 51,21), pasando por las normas sobre los préstamos («si prestas dinero a un pobre que habita contigo... no le exigirás intereses»: Éx 22,24), las normas sobre la siega y la vendimia (dejar las espigas caídas y no rebuscar las uvas: «las dejarás para el pobre y el forastero»: Lev 19,9-10) y las normas sobre el trato justo al jornalero («el mismo día le darás su jornal..., porque es pobre y de ese jornal depende su vida»: Dt 24,14-15), etc., se trata siempre del que es *sociológicamente* pobre.

Este matiz es frecuente en los Salmos y en los profetas: el pobre sin hogar, el desvalido, el desgraciado, el hambriento, etc. Son casi cien ejemplos en el Antiguo Testamento, bastantes más que para el otro vocablo, que solo aparece veintiuna veces:

2) *'Anáu,* en plural *'anauím* o *'anawím.* Lo hemos oído o leído todos a propósito de «la pastoral». Ese vocablo corresponde al limitado, al afligido. Quizás lo más parecido a lo que quiere decir el vocablo hebreo es *el humilde,* el manso de las Bienaventuranzas, cuyo primer ejemplo es Jesús de Nazaret, el sufrido, el manso y humilde de corazón. A veces el texto bíblico usa esta palabra en contraposición al *impío;* según Prov 3,34 Dios «se burla de los arrogantes y en cambio da su gracia a los humildes», que son los que «poseerán la tierra», mientras que los malvados desaparecerán en un momento (cf. Sal 37,10-11). La misma doctrina en Sal 147,6: «El Señor sostiene a los humildes, pero humilla hasta el polvo a los malvados».

Sin comparaciones explícitas entre *buenos* y *malos,* el Sal 149,4 afirma que «el Señor adorna con la victoria a los humildes»; el Sal 34,3: «mi alma se gloría en el Señor; que los humildes lo escuchen y se alegren»; y el 25,9 dice que el Señor «hace caminar a los humildes con rectitud, enseña su camino a los humildes». Si nuestra traducción litúrgica de los Salmos hubiera puesto la palabra *pobres* en vez de *humildes,* podría aceptarse, pero aclarando que esos pasajes no se refieren a cualquier tipo de «pobres».

Para rezar: Nos valemos de unas frases de Sofonías (2,3): «Buscad al Señor vosotros, los humildes de la tierra que cumplís sus mandatos; ¡buscad la justicia, buscad la humildad…!». Si soy pobre-arrogante, o pobre- envidioso, dejo de ser *'anáu.* Si soy rico pero no lo considero mérito mío, sino que soy humilde ante Dios y los hombres, pertenezco al Evangelio; pero si cierro las manos y el corazón a los *'aniyyím,...* ¿qué soy?

39
Principio - Cabeza / *rôsh*

En la primera lectura de la Misa vespertina del Jueves Santo oímos cada año las palabras del Señor a los israelitas por medio de Moisés. La traducción literal sería: «Este mes [será] para vosotros *el principio* de los meses» (Éx 12,2). Con aquel mes comenzó el año para los judíos cuando abandonaron la costumbre de empezarlo en otoño y trasladaron el comienzo del año a la primavera.

La palabra hebrea de Éx 12,2 para decir *el principio* es *rôsh.* El significado original de la raíz de esta palabra, común en las lenguas semíticas, es *cabeza.* A veces, simplemente, «cabellos», ¡lo que menos vale de la cabeza! Otras veces, lo más valioso: la *persona,* y la *vida.* Y como la cabeza es lo que sobresale, lo primero que vemos de alguien que se esconde y se levanta para observar, ya tenemos otro resultado: «lo primero», *el principio.* Y como la cabeza es muy importante (nadie de nosotros quiere perderla), *rôsh* vale también para referirnos a alguien sobresaliente, a la persona «principal», al *jefe,* que es el número uno, el que va «en cabeza». Así la Biblia dice que Dios «levanta su cabeza por encima de todos» (1 Crón 29,11); ¡es el primero!, no en el sentido de que haya tenido comienzo, sino que es «lo más excelente que se puede decir y pensar».

Ya tenemos: *rôsh* (cabeza) indica: 1.º) *El principio,* el comienzo (de una jornada; o de la guardia a media noche: cf. Jue 7,19; etc.); 2.º) *La excelencia:* para alabar algo decimos que es «de primera», como es precisamente el mes de la Pascua: «será para vosotros el mes principal» (Éx 12,2). Si se trata de personas puede ser el sumo sacerdote (cf. 2 Re 25,18), o el «cabeza» de familia (cf. 1 Crón 24,4), o incluso el director del coro (cf. Neh 12,46).

¿Qué más? Si la cabeza es lo más alto de una persona, ¡y hasta se nos dice que hay que ir por la vida con la cabeza bien alta!, es lógico que *rôsh* signifique también *cumbre,* altura; altura física, como la cima de un monte (es nuestra palabra «cabezo»); o altura metafórica, lo más alto, el no va más.

Todo esto es válido para nuestra vida cristiana. Pongo un ejemplo: en Prov 9,10, lo mismo que en Sal 111,10 y en otros pasajes, la palabra de Dios nos dice que «el [santo] temor de Dios es *el principio* de la sabiduría», que es como decir: para ser verdaderamente sabio y no un botarate, hay que empezar por respetar a Dios, darle la primacía en todo. Pero según lo que acabo de indicar, también podemos entender: «El [santo] temor de Dios es *la cumbre* de la sabiduría», o sea: el que más respeta a Dios, el que da a Dios de corazón el puesto que se merece, es el más sabio.

Pasa algo parecido a lo que dijeron san Bernardo y san Ignacio acerca del pecado: para san Bernardo *el principio* de todo pecado es la soberbia; para san Ignacio la soberbia es *lo más alto* de la escala de pecados. Desde dos puntos de vista distintos, los dos santos decían lo mismo, y además tenían razón.

Para rezar: Volvamos al texto de los Proverbios 9,10 y pidamos luz para entender que: No respetar a Dios, por parte de un individuo o de una sociedad, es el no va más de la locura, la más alta insensatez. Cuanto menos respeta uno a Dios, más loco es. Sólo me queda preguntar: ¿Será eso lo que está pasando en este país de locos que todos conocemos?

40
Puerta / *sha'ar*

¿Qué es una puerta? Basta una abertura en la pared, por la que se puede pasar al otro lado; es la «brecha abierta» en la muralla por la que escapa sin obstáculo el resto de Israel como un rebaño (cf. Miq 2,13); por la que entra un balón (las porterías de un campo de fútbol también se llaman *puertas,* y son un hueco rodeado de tres palos). Si hay un tablón de madera, o una plancha de metal, que gira para tapar o abrir ese hueco, la llamamos *hoja* (en hebreo bíblico *délet,* plural: *daltót);* el hueco, la abertura, *la puerta,* en hebreo se llama *sha'ar* y aparece más de trescientas cincuenta veces en el Antiguo Testamento.

Una puerta sirve de tránsito, para entrar y salir de un espacio a otro; también sirve de límite, de «compuerta». Lo ordinario es que signifique el acceso normal a cualquier edificio; delante de la puerta de casa (¿o de la ciudad?) se sientan los vecinos a cuchichear y sacar coplas contra sus rivales (cf. Sal 69,13); si se trata de la puerta del santuario —el templo de Jerusalén tenía varias puertas, cada una con su nombre— por ella «entran los vencedores» para dar gracias a Dios por el triunfo (cf. Sal 118,19-20).

Si entramos en una ciudad antigua traspasando el umbral de la puerta en la muralla, lo primero que vemos es un espacio libre, *la plaza (sha'ar),* centro de la vida social. Allí funcionaba la administración de la ciudad, y allí se administraba justicia (cf. Jos 20,4); por ejemplo, Dios dice (Prov 22,22) que no hay que atropellar al pobre «en la puerta», ¿qué significa? Que no hay que ser injustos contra él en el tribunal. Allí sale absuelto en los pleitos «el hombre que teme al Señor y sigue sus caminos» (Sal 127,5). Allí se alaba a la «mujer fuerte» y su marido se

siente lleno de prestigio (cf. Prov 31,23.31). Allí se abre el concejo y se hacen tratos y compraventas ante testigos (cf. Gén 23,17-18).

Tan importante era la puerta de la muralla en una ciudad, que por metonimia (= la parte por el todo) pasó a significar *la ciudad*. Cuando la familia despidió a Rebeca, en la bendición de despedida iba este deseo: que «tu descendencia conquiste la puerta (= la ciudad) de tus enemigos» (Gén 24,60). Jeremías (14,2) se lamentaba en medio de la gran sequía: «Judá está de luto, sus puertas (= ciudades) languidecen...». Y nosotros seguimos rezando hoy: «el Señor prefiere *las puertas* de Sión (= la ciudad donde está el templo) a todas las moradas de Jacob» (Sal 87,2).

Hay otro valor en esta palabra hebrea. En Oriente se pensaba que al morir hay que pasar el umbral de una puerta: la muerte —decimos: «X no murió, pero estuvo a la(s) puerta(s)»—, o para entrar en «el lugar de los muertos» —el mundo subterráneo—, o para entrar en lo que llamamos cielo. Dos ejemplos: Cuando Jacob despertó después de haber soñado con una escala que subía al cielo, dijo: «Este lugar es la casa de Dios y *la puerta del cielo*» (Gén 28,17). En sentido contrario, Ezequías moribundo oró así: «En medio de mis días he sido llamado a *las puertas del abismo...*» (Is 38,10).

Para rezar: Nuestro refrán decía: «Casa con dos puertas, mala es de guardar». La casa de Dios solo tiene *una* puerta verdadera: su Hijo («Yo soy *la* Puerta»). Sin salir del Antiguo Testamento: celebrando la entrada de nuestro Rey en el palacio real, con el salmo 24,7-10, aclamamos dos veces, llenos de alegría: «¡Portones!, alzad los dinteles, que se alcen las antiguas compuertas: va a entrar el Rey de la Gloria». ¡Esperamos seguirle un día en su desfile triunfal!

41
Revelar / *galáh*

Cuando san Juan Crisóstomo contestó a la emperatriz Eudoxia que sólo temería el destierro si ella lo desterrara a un lugar donde Dios no estuviera, aludió, seguramente sin darse cuenta, a la relación que hay en la Biblia entre *revelación* divina y *destierro.* En la Biblia hebrea esa relación se concentra en una palabra, un solo verbo, mientras nosotros la expresamos forzosamente con dos palabras diversas. *Galáh* es el verbo hebreo que contiene esos dos conceptos que quizás no son tan diversos como nos parece. Si se piensa que esa palabra hebrea tal vez proceda de dos raíces distintas, sin nada que ver entre sí, la respuesta es que es imposible probarlo. Conformémonos con el hecho de que en el texto hebreo del Antiguo Testamento encontramos *un* verbo (si fueran dos, ¿por qué tienen las mismas formas en su conjugación?) con sentidos diferentes según el contexto:

1.º) *Revelar*: ya se trate de descubrir un secreto al rey (cf. 1 Sam 22,17); o de dar la noticia de un campo que está en venta (cf. Rut 4,4); o de oír una revelación divina («el Señor *abrió la oreja* [así literalmente]» de Samuel para decirle etc.: 1 Sam 9,15); o de la copia abierta, sin lacrar, de un documento (cf. Jer 32,11.14); o de la gloria del Señor que se revelará a todos (cf. Is 40,5); o de que el pequeño Samuel no sabía distinguir quién le hablaba, porque «aún no se le había revelado la palabra del Señor» (1 Sam 3,7).

No siempre se aplica a una verdadera revelación sobrenatural. El verbo *galáh* puede emplearse para cualquier cosa material o física que no se había visto antes y de pronto *aparece,* como «cuando el fondo del mar apareció y se vieron los cimientos del orbe» ante la fuerza de Dios, que peleaba a favor de los suyos (cf. Sal 18,16).

2.º) *Ir al destierro,* emigrar. Jeremías lo empleó (1,3) para hablar del año del destierro y de cuando todo Judá «fue deportado lejos de su tierra» (25,27). Con el mismo verbo se nos dice que todo Israel fue deportado a Asiria (cf. 2 Re 17,23). David, en su autoexilio al huir de Absalón, recomienda a su fiel servidor Ittay: «Vuélvete... porque eres un extranjero, desterrado también de tu tierra; llegaste ayer, ¿cómo voy a obligarte a andar errante con nosotros, cuando yo marcho sin rumbo?» (2 Sam 15,19-20). En este último pasaje, detrás de nuestra palabra *desterrado* está el participio del verbo hebreo *galáh.*

O bien, puede tratarse sencillamente de *alejar,* como cuando el orante pide a Dios: «Aleja de mí las afrentas y el desprecio» (Sal 119,22).

Por supuesto, tanto cuando significa *revelar* como cuando significa *ir al destierro,* en esta nota no hemos agotado todas las citas, porque el verbo *galáh* figura en la Biblia hebrea casi doscientas veces, sin contar las palabras derivadas. En fin de cuentas, no es eso lo que nos interesa, sino saber que la Palabra (con mayúscula) expresa dos contenidos muy bíblicos valiéndose de una sola palabra (con minúscula).

Da la impresión de que el pueblo de Israel «necesitaba» un destierro a Babilonia, al igual que antes «necesitó» un éxodo desde Egipto, para que Dios les revelase sus secretos más secretos: lo que valen el sufrimiento y el fracaso como redención y purificación. Así la espiritualidad del Antiguo Testamento llega a sus cimas más altas.

Para rezar: «¿Quién dio crédito a nuestro anuncio? ¿A quién se le reveló el brazo poderoso del Señor?» Empieza Isaías (53,1s.) preguntando antes de dar la respuesta: ese siervo despreciado, sin belleza ni presencia, es *la revelación* de Dios. La cruz es siempre reveladora si se tienen ojos para ver y oídos para oír.

42
Rostro / *panîm*

He aquí un muestrario rápido e incompleto de una palabra que aparece en la Biblia hebrea algo más de dos mil veces, ¡casi nada!, solamente en plural (el singular, inusitado, sería *panéh)*. Es *panîm,* que sirve para decir *el rostro,* la cara. Para mayor claridad, distingamos:

a) El rostro *de las cosas:* sirve *panîm* para hablar de la primera línea del ejército, o de una superficie, de la faz de la tierra, etc.

b) El rostro *de los seres vivos,* ya sin metáfora, es espejo de estados de ánimo: ira, alegría, tristeza, serenidad (Ana, ya tranquila, «tenía otra cara», no parecía la misma: 1 Sam 1,18)... Sirve también para hablar de la persona: como el orante que invoca a Dios llamándolo «salvación de mi rostro» (Sal 42,6).

c) Sobre todo, ¡el rostro *de Dios!* Es otro antropomorfismo (hablar de Dios como si fuera un ser humano), casi obligado si queremos representar a Dios gráficamente, porque un espíritu no tiene rostro. Suele equivaler a la persona, como cuando Dios dice a Moisés: «*Mi rostro* no podrás verlo, porque nadie puede *verme* y seguir con vida» (Éx 33,20); se refiere a una presencia visible, a una «aparición» divina. Y cercana, tanto que hasta se dice en Núm 17,22: «Moisés depositó las varas en el rostro del Señor» (= ante el Señor). Los panes presentados en el templo, exclusivos de Dios, se llamaban «los panes del rostro» (cf. Éx 25,30).

El rostro de Dios refleja cualidades de Dios: su intención, su voluntad (cf. Sal 19,15); su benevolencia («la luz de su rostro»: Sal 4,7); su ira («préndeles fuego como a un horno el día en que aparezca tu rostro» = el día en que te muestres airado: Sal 21,10).

La Biblia hebrea abunda en expresiones con la palabra «rostro» precedida de preposición; sus significados son variados; por ejemplo: «*ante el rostro* de Dios» (ante la mirada de Dios, en la presencia de Dios); «*lejos del rostro* de Dios» (= fuera de la presencia de Dios); «*en la cara* de Dios» (= dirigirse a Dios sin miedo).

Los verbos aumentan esa riqueza: 1) *Ver el rostro de Dios* es una expresión originada en el culto, que ya en Babilonia significaba «buscar ayuda»; es decir, se busca en el templo la presencia de Dios para obtener de él favores (cf. Zac 8,21). 2) *Buscar el rostro de Dios* es ir a consultar al Señor, pedirle misericordia («este es el grupo que busca tu rostro, Dios de Jacob»: Sal 24,6). 3) Dios *esconde su rostro* cuando el hombre lo ha irritado, o cuando Dios nos somete a prueba («vuestros pecados le hacen ocultar su rostro para no oíros»: Is 59,2). 4) *Volver el rostro* hacia alguien: o bien es no estar ya en contra de alguien; o bien Dios se vuelve *contra* alguien, «me enfrento (= literalmente: vuelvo mi rostro) a vosotros... para extirpar a todo Judá» (Jer 44,11). 5) *Ocultarse ante el rostro* de Dios: apartarse de Dios, como Adán y Eva después de pecar (cf. Gén 3,8).

Los cristianos tenemos una ventaja: Dios se ha hecho visible en el rostro humano de Jesús; y sabemos que un día «lo veremos tal cual es» (1 Jn 3,2).

Para rezar: Tenemos que seguir ejercitando el deseo de los grandes orantes del Antiguo Testamento: ¡contemplar el rostro de Dios! («¿Cuándo entraré a ver el rostro de Dios?»); y secundar el deseo del mismo Dios: «Oigo en mi corazón: "¡Buscad mi rostro!". Tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro» (Sal 27,8-9).

43
Salvar / *yashá*

No hace falta abrir mucho los ojos para ver que el mal, físico y moral, sigue actuando victoriosamente en el mundo, con una perseverancia tenaz. Por eso estamos siempre necesitados de salvación, en todos los órdenes. Hay un verbo hebreo, *yashá,* que significa *salvar,* y con otros vocablos de la misma raíz (salvador, salvación,...) forma una familia numerosa, por supuesto bien avenida, de palabras en el texto del Antiguo Testamento. Su significado original sigue dando juego: si de la estrechez o angostura en la que se ve un minero atrapado por un derrumbe de piedras y tierra, lo libra el equipo de «salvamento», el hebreo del Antiguo Testamento diría: el equipo de ayuda lo *ha sacado a un sitio espacioso.* ¡Esto es «salvar»! Y esto es lo que hace Dios cuando nos abre una salida, cuando nos salva. A la letra lo dice también el orante del Sal 18,20, aunque con otro verbo hebreo sinónimo *(yatsá):* «Me sacó a un lugar espacioso, me libró, porque me amaba».

Sacar de una mazmorra, romper ataduras, poner a salvo, librar de un peligro angustioso, socorrer, etc., todo eso es *yashá.* Basta un ejemplo: «Si los sirios me pueden, ven a librarme; y si los amonitas te pueden a ti, yo iré a librarte» (2 Sam 10,11).

Cuando nos encontramos en un contexto de guerra o de persecución armada, *salvar* es *dar la victoria:* «El Señor da la victoria a su ungido» (Sal 20,7). Y tanto experimentó Israel que Dios era su verdadero liberador, que el participio de *yashá* («el que salva») se convirtió, sobre todo en textos proféticos, en título divino: «Yo soy el Señor tu Dios, el Santo de Israel, tu Salvador» (Is 43,3). «Así

sabrás que yo soy... tu salvador, el que te rescata, el Fuerte de Jacob» (Is 60,16).

Pongamos una nota aquí mismo: No es acertado confundir el significado de «salvar» y «salvación» en el Antiguo Testamento y en el Nuevo, porque en la historia de estas palabras ha habido un avance. En el Antiguo Testamento «salvar» se refiere, fuera de alguna rara excepción, a librar de *un peligro físico,* material: de un enemigo, de un apuro, de una enfermedad, de «estar ahogándose» (literal o metafóricamente: cf. Sal 69,2-3: «Dios mío, sálvame, que me llega el agua hasta el cuello: me estoy hundiendo en un cieno profundo y no puedo hacer pie, he entrado en la hondura del agua, me arrastra la corriente...»).

En cambio, en el Nuevo Testamento el significado de «salvar» y «salvación» es liberar de Satanás, perdonar el pecado, rescatar de la incredulidad para vivir en amistad con Dios, etc. Hay autores (en primer lugar san Pablo, buen rabino fariseo) para quienes la salvación que nos ofrece Cristo liberador no se refiere a lo material.

Para rezar: Valen muchas oraciones breves en los Salmos que sirven para cualquier estación del año:

La súplica angustiosa («Señor, ¡date prisa en socorrerme!»: Sal 70,2); la súplica menos apresurada, pero también ansiando respiro (en una enfermedad grave, en la que curar es salvarse: «Vuélvete, Señor, libra mi alma, sálvame, por tu misericordia»: Sal 6,5); la súplica que brota de la memoria agradecida («el Señor guarda a los sencillos, estando yo sin fuerzas me salvó»: Sal 116,6); la súplica por una sociedad desorientada como la nuestra («¡Sálvanos, Señor, que se acaban los buenos!»: Sal 12,2), en medio de la cual el orante se ve ridiculizado por los que lo rodean: «Señor, da fuerza a tu siervo, salva al hijo de tu esclava» (Sal 86,16).

44
Sangre / *dâm*

¿Hay algo «divino» en nuestro cuerpo? En la antigua Mesopotamia pensaban que sí: *la sangre.* En los países del Antiguo Testamento la sangre estaba relacionada con la vida, si es que no se confundía con ella, como vemos en Gén 9,5; o en Prov 1,18 (los pecadores «atentan contra su propia sangre» = contra su vida). *Sangre,* en hebreo, es *dâm,* y aparece en la Biblia hebrea cerca de cuatrocientas veces. La consideraban sede de la vida, motivo por el que estaba prohibido comer sangre (cf. Lev 17,14). La sangre: fuerza vital, casi personificada, puede clamar al cielo, como la sangre de Abel (cf. Gén 4,10), pidiendo que el Creador de la vida vengue ese derramamiento de sangre: «Al que vierta la sangre de un hombre, otro hombre le derramará su sangre, porque Dios hizo al hombre a su imagen» (cf. Gén 9,6).

Usando una figura retórica conocida, la *sangre humana* puede significar, en ocasiones, muerte violenta; en una palabra: *homicidio.* David afirmó: «Ante el Señor y para siempre, yo soy inocente de la sangre de Abner» (2 Sam 3,28), cosa que no pudo decir más tarde sobre la sangre de Urías. En otra página del mismo libro (20,12), se dice que «Amasá seguía bañado en su sangre (= asesinado) en medio del camino». Por eso, un hombre cruel (un «hombre de sangres»: Sal 5,7; 26,9) es un «sanguinario».

Dios rechaza al orante que tiene las manos manchadas de sangre humana cuando ofrece en sacrificio la sangre de animales: «Cuando extendéis las manos me tapo los ojos; aunque multipliquéis plegarias no os escucharé. ¡Vuestras manos están llenas de sangre! Lavaos, purificaos, apartad de mi vista vuestras malas obras, dejad de hacer el mal y aprended a hacer el bien…» (Is 1,15-16).

Nuestra triste «cultura de la muerte», a la que no hemos de resignarnos nunca, puede recordarnos que uno de los motivos por los que en el Antiguo Testamento Dios defiende la vida es que le pertenece a Él, la sangre le está reservada a Él, «para expiar, sobre el altar, por vuestras vidas; pues la expiación de la vida se hace con sangre» (Lev 17,11), afirmación que vino a ser axiomática: «Sin derramamiento de sangre no hay redención» (Heb 9,22).

Por eso, sin salir del Antiguo Testamento, tal vez podamos atrevernos, con temor y temblor, a hacer una pregunta: Asesinar a un inocente antes que nazca es un enorme pecado, sí, Dios vengará esa sangre; pero, a la vez, tanta sangre de pequeñuelos inocentes derramada sobre nuestra tierra pecadora, ¿no servirá, quizás, de expiación por los pecados de los mayores? La sangre de tantos crímenes, ¿no podrá ser como la sangre del cordero en las jambas de las puertas (cf. Éx 12,7.13)? Si en el corazón la unimos a la muerte del supremo Inocente que nos ha redimido, ¿no tendrá más fuerza de alianza y redención que la sangre de animales con la que Moisés roció al pueblo (cf. Éx 24,8)?

Para rezar: Ante la sangre preciosa del Cordero sin mancha (cf. 1 Pe 1,19) derramada (¡toda!) por nosotros, oremos por los católicos perseguidos a causa de la fe, precisamente en los países bíblicos de Oriente Próximo; pidamos a Dios, como «venganza cristiana», que convierta a los perseguidores. La fórmula de la oración nos la facilita el salmo 79,1.3.5.10.

«Dios mío, los gentiles han entrado en tu heredad, han profanado tu santo templo,... derramaron la sangre de tus siervos como agua en torno a Jerusalén, y nadie la enterraba... ¿Hasta cuándo, Señor?... Muestra a los gentiles la venganza de la sangre de tus siervos derramada...».

45
Santo / *qadósh*

Los católicos hablamos de personas *santas (san* José, *san* Isidro) y de cosas *santas* (los santos Lugares, los santos Evangelios) y lo hacemos con toda naturalidad. No decimos ninguna herejía, porque Dios, que es *el único* santo, nos concede participar de su propia santidad.

El término hebreo para decir «santo» es *qadósh,* que en primer lugar no significa «perfecto», cosa que suele ser lo primero que se nos ocurre cuando se habla de un santo. Sino que significa una *cualidad* divina, que hace que Dios sea *distinto* de todo lo demás. Dios es plenamente original, incomparable con cualquier criatura, por supuesto incomparable con otras «divinidades» porque ni siquiera existen. Dios es *único,* el *solo santo.*

Qadósh se deriva del verbo *qadásh,* que viene a decir «consagrar» o dedicar algo, o a alguien, a Dios, sustrayéndolo de algún modo al uso «profano» (aunque hoy no gusta hablar así en ciertos ambientes). Con otras palabras: *qadásh* = entregarse a servir a Dios. Es verbo que forma una familia con palabras derivadas; en conjunto, se las ve en el Antiguo Testamento hebreo más de quinientas veces.

Qadósh puede funcionar como adjetivo y como sustantivo; y se aplica a:

1) *Objetos, cosas,* p. ej., el templo, que es «el lugar santo» (Lev 6,9,19), «la más santa morada del Altísimo» (Sal 46,5).

2) *Los ángeles:* tenemos ejemplos en Job 5,1 y 15,15 («santos» = ángeles).

3) *Las personas humanas:* como Aarón, «el santo (= consagrado) del Señor» (Sal 106,16). Según Lev 21,6 los

sacerdotes «deben ser santos para su Dios, y no profanarán el nombre de su Dios».

4) *El pueblo elegido:* «seréis para mí un pueblo santo», les dice Dios en Éx 19,6. Es idea muy repetida en el Levítico, por ejemplo: «Sed santos para mí, porque yo, el Señor, soy santo, y os he separado de los demás pueblos para que seáis míos» (20,26). Aunque sean minoría numérica, «los que quedan en Sión, el resto de Israel, serán llamados santos» (Is 4,3).

5) Sobre todo, y esto es lo principal, la palabra *qadósh* se aplica *a Dios*. «No hay santo como el Señor» (1 Sam 2,2). No solo se le llama santo, no solo «su nombre es santo y temible» (Sal 111,9), sino que *Él es* santo, es «el Santo», «el Santo en medio de ti», «el Santo de Israel», etc.

La fuente de toda santidad es él. Nuestra pertenencia a él nos hace santos. Cuanta mayor es nuestra cercanía a Dios, cuanta mayor relación tengamos con él, más santidad en nosotros; así a la pura criatura más cercana a Dios podemos llamarla de verdad «la *santísima* Virgen».

El modelo de nuestra santidad humana es él; como consecuencia, la santidad lleva consigo ser puros, vivir alejados de todo pecado, tener una vida moral que *no desdiga de lo que es Dios.* Por eso el Levítico abunda en normas de conducta que se basan en el mandato de Dios: «Sed santos, porque [o: como] yo soy santo» (11,44s; 19,2; etc.).

Para rezar: ¿Cuándo caeremos en la cuenta de una bendita vez (o de una santa vez) del valor que tiene como confesión de nuestra fe el hecho de *alabar* a Dios como el solo Santo? El ejemplo más claro lo tenemos en la Misa: en el Gloria («Tú solo eres Santo, tú solo Señor, tu solo Altísimo») y en el trisagio (= tres veces santo) que cantamos con las palabras que cantaban los ángeles en la visión de Isaías (6,3): «Santo, santo, santo es el Señor… toda la tierra está llena de tu gloria…».

46
Temer / *yará*

Hay un verbo que se deja ver en el Antiguo Testamento hebreo casi trescientas veces. Si le sumamos las palabras derivadas de la misma raíz (temor, temeroso, etc.) nos haremos idea de cuánto tiene que ver con la vida humana, siempre amenazada por peligros y desgracias. El verbo es *yará,* y en él caben todos los sentimientos relacionados con el *miedo* (el susto, el terror, el espanto, etc.). Pero hay que distinguir en ese vocablo dos niveles:

1.º) El nivel de *tener miedo,* en el grado que sea, ante un peligro real o imaginario. Dos ejemplos: Saúl cayó a tierra aterrorizado por las palabras de Samuel (cf. 1 Sam 28,20); los judíos se asustaron al saber que llegaba el ejército filisteo (cf. 1 Sam 7,7).

Decir que *yará* se refiere exclusivamente al miedo en el campo profano, no es decir todo, pues también ante algunas manifestaciones de Dios el hombre del Antiguo Testamento se estremece de pánico. Es muy humana la reacción que provoca la presencia cercana de lo divino; cuando se acerca Aquel cuya voz descuaja los cedros y quebranta las peñas, el que es infinitamente más grande que nosotros en todo, es lógico sentir terror, rasgo típico de las teofanías (= apariciones de Dios). Basta ver a los israelitas temblando ante la tormenta de rayos y truenos en el Sinaí (cf. Éx 20,18).

2.º) El nivel del santo *temor de* (= a) *Dios.* Al leer en la Biblia expresiones como «los que lo temen», los «temerosos de Dios», entramos en terreno religioso. La letra del texto suele indicarlo por la forma verbal *(yirá),* por la preposición usada (temer *a:* en hebreo *et),* o de otros modos. Hay que entender ese temor como: *reverenciar,* dar culto,

respetar, etc., a Dios. Es temor santo, porque es un modo de honrar a Dios, de celebrar su grandeza incluso festivamente: «con gritos de júbilo» (Sal 47,3). ¿Quién ha dicho que tomar en serio a Dios tiene que ser angustioso? «El temor del Señor es gloria y honor, alegría y corona de júbilo, alegra el corazón, da alegría, gozo y larga vida» (Eclo 1,11-12, aunque falta el original hebreo). Es un *temor amoroso,* del amor verdadero que nunca falta al respeto; y es uno de los dones del Espíritu que reposan sobre el Mesías (cf. Is 11,2-3).

«Los que temen al Señor» son sus fieles, los piadosos; aquellos para quienes Dios y su voluntad son lo más importante (¡lo canta el salmo 119 entero!). Más aún: quien reconoce que Dios es merecedor de respeto, entenderá que, salvando enormes distancias entre Dios y las criaturas, uno de los Mandamientos diga: «Temed (= respetad) a vuestra madre y a vuestro padre» (Lev 19,3).

Para rezar: ¿Qué tiene que ver todo esto con el misterio de la Encarnación? Moisés se me adelantó a responder: «¡No temáis! Estad firmes, y veréis la salvación (= el Salvador) que Yahvé os dará hoy» (Éx 14,13). Sí, no temáis «el espanto nocturno» (Sal 91,5), ni «las malas noticias» (Sal 112,7), ni a los filisteos que todavía andan sueltos por ahí. ¡Tenemos a Dios-con-nosotros! Yo añado: Respondo: si de veras creemos que Dios se ha hecho niño, se acabó el miedo.

Pero no confundamos las cosas. Un recién nacido, puesto por su madre en un pesebre de animales, no inspira *miedo:* no empuña una espada ni un látigo. ¡Pero tampoco es un «colega»! Puesto que ese Niño es Dios, hay que tratarlo con amoroso *respeto* agradecido, hay que adorarlo y hemos de ofrecernos a servirle «con todo el acatamiento y reverencia posibles» *[Ejercicios Espirituales* 114].

47
Usura / *néshek*

La palabra hebrea que elijo ahora no es muy frecuente en el Antiguo Testamento, porque la Biblia, gracias a Dios, no es un tratado de economía ni un manual del ministerio de Hacienda. El término *néshek,* ¿qué significa? En el Deuteronomio (23,20-21) leemos: «A tu hermano no le impondrás interés, rédito de dinero, o de víveres, o de cualquier otra cosa que produzca interés; al extranjero podrás prestarle a interés, pero a tu hermano no le prestarás a interés». Está claro: si se hace un préstamo a un «hermano» (es decir, el que es de religión judía) no se le pueden cobrar intereses; a uno que no es judío sí. Es la misma norma de Éx 22,24: «Si prestas dinero a alguien de mi pueblo, a un pobre que habita contigo, no serás con él un usurero, no le exigirás intereses», y de Lev 25,35-37.

Así, pues, la palabra hebrea *néshek* se usa para nombrar el *interés de un préstamo.* Y dado que normalmente eran intereses elevados, significa también *usura.*

Poder prestar y no verse obligado a pedir un préstamo es una bendición de Dios (Dt 28,12), cosa en la que, supongo, estamos todos de acuerdo. Pero también es palabra de Dios que «el que no presta dinero a usura» habitará en el monte santo del Señor (Sal 15,5), y en cambio «el que aumenta sus riquezas con usuras e intereses acumula para el que tiene compasión con los pobres» (Prov 28,8): no le servirán de nada sus ganancias, porque Dios hará que ese dinero revierta en bien de los que ayudan a los pobres.

Por el profeta Ezequiel sabemos, de parte de Dios, que «el que no presta con usura ni cobra intereses [...] es justo; vivirá, ciertamente» (18,8). Por si no estaba claro, lo repite poco después (v.17). Y al enumerar los crímenes de

Jerusalén incluye el siguiente: «aceptas soborno para derramar sangre, cobras interés abusivo, explotas a tu prójimo con violencia» (22,12).

Es bueno saber que el significado primero de *néshek* es nada más y nada menos que *mordisco,* mordedura. Es el bocado que el usurero arranca a dentelladas en los dineros del débil, la plaga que sufrieron en su carne los labradores pobres en la Castilla medieval. ¡Solo faltaba que «la mordida», vocablo del español mexicano y de otros países de Hispanoamérica, y que ya hemos importado, tuviera algo que ver con la Biblia! «La mordida» es ese «untar» a un funcionario para eludir una multa, es el dinero o el provecho que un funcionario o un particular obtienen abusivamente con esos trapicheos.

¿De dónde viene *néshek?* Su origen es el verbo *nashák,* cuyo sentido «material» es *morder,* sobre todo cuando el que muerde es un reptil (áspid, víbora, serpiente, culebra); en un segundo paso, metafóricamente vale para las palabras que «muerden» e inoculan veneno, como son, p. ej.: escarnecer, vejar, etc.

Para rezar: En nuestra vida, ¿quién presta a quién? ¿Dios a nosotros o nosotros a Dios? Dios nos da prestado todo, sin intereses; mejor dicho: no presta, nos lo regala todo. Jesús habla de banqueros, de prestamistas (cf. Mt 25,27; Lc 19,23), y pide que negociemos con los dones que nos da, aunque el interés o rédito que produzcan sea muy poquito. ¿Lo hacemos, o nos consideramos propietarios y, como mucho, al decir de santa Teresa, solo «le damos la renta, y nos quedamos con la propiedad»? Quizás ni siquiera le damos la renta…

48
Vanidad / *hébel*

En medio de esta sociedad nuestra, crispada y sin embargo frívola y vacía, al menos en la parte que más se hace notar, viene bien una palabra de la Biblia hebrea para evitar que entremos en la feria de las vanidades. Es *hébel,* que define ese vacío frívolo: *un soplo,* un vaho inaprehensible, engañoso, un airecillo de nada. Con esa palabra los salmos nos recuerdan que «el hombre no es más que *un soplo»* (39,6.12), y «sus pensamientos son *insustanciales»* (94,11). Con el mismo vocablo el libro de los Proverbios asegura, como si tuviera fecha de hoy mismo, que «amasar fortuna con engaños es *niebla* que se esfuma» (21,6).

Y pues la idolatría es adorar la vaciedad ridícula, también los ídolos acabaron llamándose con el vocablo *hébel,* por ejemplo: el reino de Israel fracasó porque no hicieron caso a Dios, «siguieron a dioses que eran *nada,* y ellos se volvieron *nada*» (2 Re 17,15), «fueron en pos de *la vanidad* y se hicieron *vanos*» (Jer 2,5).

Y ¿quién no ha oído decir, o ha dicho alguna vez, «vanidad de vanidades, todo es *vanidad*», sin sospechar que detrás está la palabra hebrea *hébel?* Nuestra palabra *vanidad* puede estorbar un poco el sentido, porque si se habla de un vanidoso pensamos en seguida en lo contrario a la virtud de la humildad, mientras que el autor bíblico de esa frase no dice que el vanidoso sea un presumido (que sí lo es), sino que ¡está *vacío!* Así, cuando leemos «a más palabras más vanidad» (Ecl 6,11) no hace falta pensar en un infatuado, basta que se trate de un charlatán ligero de cascos, lo opuesto a la definición que Pérez del Pulgar dio de alguno de los claros varones de Castilla: «hombre *de veras y de sustancia»*.

La expresión «vanidad de vanidades, todo es vanidad» pertenece al libro del Antiguo Testamento que más veces, unas cuarenta, emplea la palabra que comentamos. Ese libro es el Eclesiastés (o Qohélet), que se abre y cierra con esa cita (1,2; 12,8). *Vanidad de vanidades* es un superlativo hebreo, que se forma repitiendo la palabra («mucho mucho» = muchísimo) o añadiéndola en genitivo plural («Cantar de los cantares» = el mejor cantar). Ecl 1,2 no pretende decir que todo es «vanísimo» (superlativo de intensidad), sino que la vanidad contamina todo (superlativo de extensión): todo es fugaz, sin consistencia, pura engañifa.

Un comentario rabínico del Eclesiastés explicó esa frase sirviéndose de la imagen del *vapor*. «Vapor de vapores» es el vaho del vapor. Pon siete vasijas, una encima de otra, la más inferior con agua: caliéntala, recoge el vapor en la vasija inmediatamente superior, y así sucesivamente; el vapor que sube de vasija en vasija, cada vez más lejos de la base, será cada vez más inmaterial, más vapor de vapores, más nada. Así es el corazón humano: cuanto más se aleja de su Creador más vacío estará, más frívolo será. (Nota: Para quienes consideran al Eclesiastés como un amargado, pregunto: un buen desengaño a tiempo, ¿no nos libera de todo lo que nos tiene engañados? ¿Era san Agustín un amargado porque escribió: «Estas cosas que ocupan a los hombres pasan, vuelan; es un vapor la vida humana sobre la tierra»?).

Para rezar: Nada mejor que hacer un acto de fe en el Dios vivo y verdadero, renovando las promesas del bautismo con un rechazo de los ídolos, a la manera de Jer 16,19: «Oh Señor, mi fuerza y mi fortaleza… De todo el orbe acudirán a ti los gentiles, diciendo: "Qué mentira es el legado de nuestros padres: ¡*vanidades* ridículas!... ¡Pero si no son dioses!"».

49
Vergüenza / *bóshet*

Aquel santo que recomendaba pedir la gracia de sentir «vergüenza y confusión de mí mismo... por tantos pecados míos» no sospechaba que esas palabras iban a servirme para introducir este vocablo de la Biblia hebrea, que no es el único para expresar este sentimiento tan humano: *bóshet,* significa precisamente *vergüenza,* sonrojo, pudor. Es más frecuente el verbo *(bosh:* avergonzar, avergonzarse), del que deriva el sustantivo. Entre los dos se dejan ver en el Antiguo Testamento hebreo casi en doscientas ocasiones.

La vergüenza, sentimiento penoso después de cometer una falta o por verse en estado deshonroso o humillante, es lo que experimentaron Adán y Eva después de pecar, al verse desnudos. Desde entonces la vergüenza de la desnudez es la primera y más importante, tanto que por una figura de lenguaje (la metonimia), también en la Biblia hebrea puede significar, sin más, *desnudez* («la población de Sapir se aparta desnuda y afrentada» es, a la letra: «...se aparta con la vergüenza de la desnudez»: Miq 1,11; Is 20,4).

Esa vergüenza es la madre del pudor instintivo que surge en los niños sin que nadie les haya dicho nada. ¡El pudor es bueno!, y Dios lo quiere. Si un joven, él o ella, se desviste en un encuentro de jóvenes con el Papa, con la excusa de que hace mucho calor, actúa mal y se le pueden aplicar con todo derecho, dos palabras de nuestro diccionario que por algo están ahí coleccionadas (¿o almacenadas?): *des-vergonzado,* o más a las claras *sin-vergüenza.* Un profeta (Sof 3,5) lo dejó dicho más rudamente: «el malvado no conoce la vergüenza».

La Biblia hebrea habla también de otros tipos y otras situaciones de la vergüenza. La del *ladrón sorprendido* en

su «trabajo» (no por ser ladrón debe perder la vergüenza), como en Jer 2,26. La del *fracaso* («¿Por qué nací para acabar mi vida avergonzado?»: Jer 20,18) o de *la derrota* (Sal 132,18: Dios dice: «cubriré de vergüenza a sus enemigos», mientras que el orante pide: «Queden mudos de vergüenza los que me insultan»: Sal 40,16); o de *la desgracia*: «la vergüenza cubre mi semblante» (Sal 44,16). O de la *idolatría:* los adoradores de ídolos «para su *confusión* adoran dioses extraños» (Jer 7,19), suponiendo, claro es, que aún sean capaces de sonrojarse.

Era tan malsonante la palabra hebrea *bóshet*, tan de mal gusto, que sirvió para nombrar despectivamente al dios cananeo Ba'al (cf. número 16: *Dueño*): «cuantas calles tiene Jerusalén, otros tantos altares hiciste a la Vergüenza» (Jer 11,13). Es la infamia horrible de los israelitas que «se consagraron a la Vergüenza» cuando fueron a Baal Feor (Os 9,10). Idolatrar, dejar al Dios verdadero, es una ignominia vergonzosa, y eso se paga, porque de Ba'al, como de cualquier otro dios falso, puede decirse: «La Vergüenza devoró el trabajo de nuestros padres» (Jer 3,24).

Para rezar: En «inclusión» con las primeras líneas de esta voz pedimos la vergüenza buena de reconocer el pecado. Ya no se escucha en la iglesia el canto de *culpa rubet vultus meus* (qué bien dicho está: la culpa me saca los colores a la cara) pero siguen existiendo dos oraciones del alma avergonzada y arrepentida: están en Dan 3,26-43 y 9,4-19. Hay que leerlas íntegras, porque en la liturgia se leen suprimiendo versículos.

(Pero confieso ¡avergonzado! una pequeña trampa: Dan 3,26-43 no existe *en hebreo*; sólo se conserva en griego y en siríaco, que sin duda traducen un texto hebreo o arameo perdido en el que aparecería la palabra *bóshet).*

50
Visitar / *paqád*

La palabra que comentamos ahora tiene que ver con el hecho extraordinario del misterio de la «Encarnación de la Palabra»: el Señor «nos ha visitado», como decimos cada mañana en el himno de Zacarías. El texto griego de ese himno (cf. Lc 1,68) usa el verbo que se emplea para «hacer una visita de inspección»; detrás de ese verbo griego está un verbo hebreo del que ahora vamos a hablar; aparece en el Antiguo Testamento unas doscientas cincuenta veces, que, si no son muchas, también podemos decir que no son pocas. Es el verbo *paqád.* Su significado genérico es *ver atentamente,* mirar, inspeccionar. Pero su valor más directo para nosotros es, efectivamente, *visitar.* Por supuesto, todos sabemos que hay visitas y visitas. Si me visitara el Papa sería más honra para mí que si me visitara un monaguillo. El visitante puede ser un cualquiera; o un amigo; o un representante diplomático; o un jefe de Estado extranjero; o el cobrador del frac. Primer dato: *el visitante.* El sujeto del verbo hebreo *paqád* suele ser alguien importante (el rey o el jefe), especialmente Dios, que tiene pleno derecho a *inspeccionar* a sus criaturas, como el rey lo tiene de *pasar revista* a sus tropas.

Segundo dato: las visitas se diferencian unas de otras también por *su contenido*, o por *su finalidad*. Un rey de la antigüedad podría visitar a otro para hacer las paces; o para hacer negocios; o para concertar el matrimonio de una hija. Y Dios, ¿para qué nos visita?

Para *ver cómo estamos.* El ganadero va a «ver» el rebaño (un significado secundario de *paqád* es «pastorear») o un campesino va a «ver» cómo está la huerta: «Tú visitas (= cuidas) la tierra, la riegas y la enriqueces sin medida»,

le dice a Dios el salmista (Sal 65,10). Según lo que ve, la visita de Dios puede ser para *corregir* o para *liberar*; también sus correcciones o «castigos» quieren salvarnos, pero el tono de la visita será distinto.

Si visita como juez, Dios quiere tomarnos cuentas: «Os visitaré según el fruto de vuestras obras» (Jer 21,14); «os visitaré por todas vuestras maldades» (Am 3,2); etc. Por fortuna para nosotros, la visita diaria es de salvación: «Os he visitado y me he dado cuenta de cómo os tratan los egipcios, y he decidido sacaros de la aflicción de Egipto» (Éx 3,16-17). La liberación de Egipto, ejemplo clásico de «visita» de Yahvé a su pueblo, pertenece al tipo más general de visita cuya finalidad es *favorecer* de algún modo, por ejemplo: regalando un hijo a Sara (Gén 21,1), o velando por los hermanos de José (Gén 50,24-25), o recuperando a los exiliados (Sof 2,7), o librando del hambre a su pueblo (Rut 1,6), etc.

Lo entendieron muy bien los cristianos de Villalpando cuando hicieron el Voto de defender la Inmaculada, el más antiguo que se conoce (en 1466), en medio de guerras y pestes: por la división del reino entre los hijos del rey don Juan, «grandes guerras e trabajos»; por otra parte, a causa de «nuestras culpas e pecados e grandes ofensas que cada día facemos e acometemos contra Dios nuestro Señor», él, «con su real poder *nos ha visitado e visita* cada día con guerra pestilencial...».

Para rezar: Oímos el lamento de Jesús por Jerusalén: «No quedará en ti piedra sobre piedra, porque no has reconocido el tiempo *en que Dios te visitaba*» (Lc 19,44). Respondemos con un salmo que sin duda él rezó en la ruina colectiva de su pueblo: «Ven a visitar (= ¡a salvar!) tu viña, la cepa que tu diestra plantó y tú hiciste vigorosa» (Sal 80,15-16). ¡Visítanos como salvador!

51
Volver(se) / *shûb*

Un verbo hebreo que aparece más de un millar de veces en el Antiguo Testamento, nos habla de algo que necesitamos siempre: convertirnos. Debe hacernos reflexionar, porque existe un problema: hay conversiones al derecho y conversiones al revés. ¡Depende de nosotros!

Shûb significa *dar(se) la vuelta,* volver(se) físicamente, como en latín *convertere.* Como en las palabras de Judá a su padre: «Si no nos hubiéramos entretenido, ya *estaríamos de vuelta*» (Gén 43,10); o las del profeta Elías a Eliseo: «Vete, y luego *vuelve*» (1 Re 19,21); o las idas y venidas de la paloma del arca: «No hallando donde posarse, *volvió* al arca», pero siete días después Noé la soltó de nuevo «y ya *no volvió*» (Gén 8,9.12).

De ahí, con buena lógica, pasó a tener diversos significados que llevan el eco de «dar la vuelta»: desistir, responder, restaurar, etc. Pero lo más útil para lo que pretendemos es que este verbo hebreo pasó a ser el verbo clásico de la *conversión.*

«Convertirse» es dar la espalda a los ídolos y «*volverse*» a Dios cara a cara: mirarlo, y dejarnos mirar por él. ¡Dos posturas antagónicas! ¿Hacia dónde miramos? Porque mi libertad tiene el poder de hacer lo contrario de lo que es mejor para mí: puedo dar la espalda a Dios para volverme a los ídolos, sean los que sean o quienes sean, como Jeroboán, que «no se convirtió de su mala conducta» (1 Re 13,33). Dios se queja: «Una y otra vez os envié a mis siervos los profetas, para deciros: "Que se convierta cada cual de su mal camino; no sigáis a dioses extraños...", ¡pero no me hicisteis caso!» (Jer 35,15) Eso, tan frecuente como triste en nuestra vida cristiana mediocre, se denomi-

na en la Biblia con una palabra de la misma raíz de este verbo: *meshubáh.* Significa nada menos que *apostasía.*

«Si os volvéis al Señor de todo corazón, quitad de en medio de vosotros los dioses extranjeros», dijo Samuel al pueblo urgiéndole a convertirse al Dios verdadero (1 Sam 7,3). Es predicación típica de los profetas, que siguen hablándonos en las lecturas de la liturgia: «¿Acaso quiero yo la muerte del malvado —oráculo de del Señor—, y no más bien que se convierta y viva?» (Ez 18,23). Tan de la esencia del profeta es esto, que si no predica la conversión es profeta falso. Dice Dios: «Yo no envié a esos profetas pero ellos corrían; no les hablé, pero ellos profetizaban. Si hubieran asistido a mi consejo, anunciarían mi palabra a mi pueblo, y lo harían volver del mal camino de sus malas acciones» (Jer 23,22).

Convertirnos es a la vez don de Dios y tarea nuestra. Jeremías lo sabía muy bien: «Me dijo el Señor: "Si vuelves (= si te conviertes) te haré volver (= yo te convertiré) y estarás en mi presencia"» (15,19). Y en Zacarías (1,3) leemos: «Volved a mí —oráculo del Señor de los Ejércitos— y yo me volveré a vosotros».

Para rezar: Quiero tomar en serio mi libertad: no estoy inmunizado contra la apostasía. Aun entonces, si por desgracia llegase a dar la espalda al Señor, el corazón de Dios seguiría quejándose por su amor herido: «¡Si volvieras, Israel —oráculo del Señor—, si volvieras a mí!, ¡si quitaras tus ídolos abominables y no escaparas de mí!» (Jer 4,1).

También nos ayudará usar textos de la liturgia como jaculatorias: «Conviértenos a ti, Señor, y nos convertiremos» (Lam 5,21), esto es: y volveremos a casa, como el pródigo. «Hazme volver, y volveré, porque tú, Señor, eres mi Dios» (Jer 31,18).

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTE VOLUMEN
DE «LA PALABRA Y LAS PALABRAS»,
DE LA BIBLIOTECA DE AUTORES
CRISTIANOS, EL DÍA 13 DE
ENERO DE 2013, FESTIVI-
DAD DE SAN HILARIO,
OBISPO Y DOCTOR
DE LA IGLESIA, EN
LA IMPREN-
TA CLM.
MADRID